

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARIS. — TIPOGRAFIA WALDER, CALLE BONAPARTE, 44.

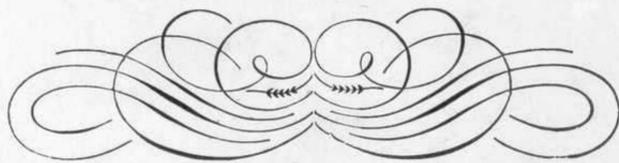
PARIS. — TIPOGRAFIA WALDER, CALLE BONAPARTE, 44.

EL  
**CORREO DE ULTRAMAR**

**PARTE LITERARIA ILUSTRADA.**

---

**TOMO SEGUNDO.**



**PARIS**

**ADMINISTRACION GENERAL**

**X. DE LASSALLE Y MÉLAN, EDITORES PROPIETARIOS**

**CALLE DEL FAUBOURG MONTMARTRE, N° 10.**

—  
1853

EL

# CORREO DE ULTRAMAR

PORTE LITERARIA ILUSTRADA

TOMO SEGUNDO



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

DE LAS ARTES Y MANUFACTURAS DE FRANCIA

10, RUE DE LA HARPE, PARIS

1871

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 12. — N° 27.

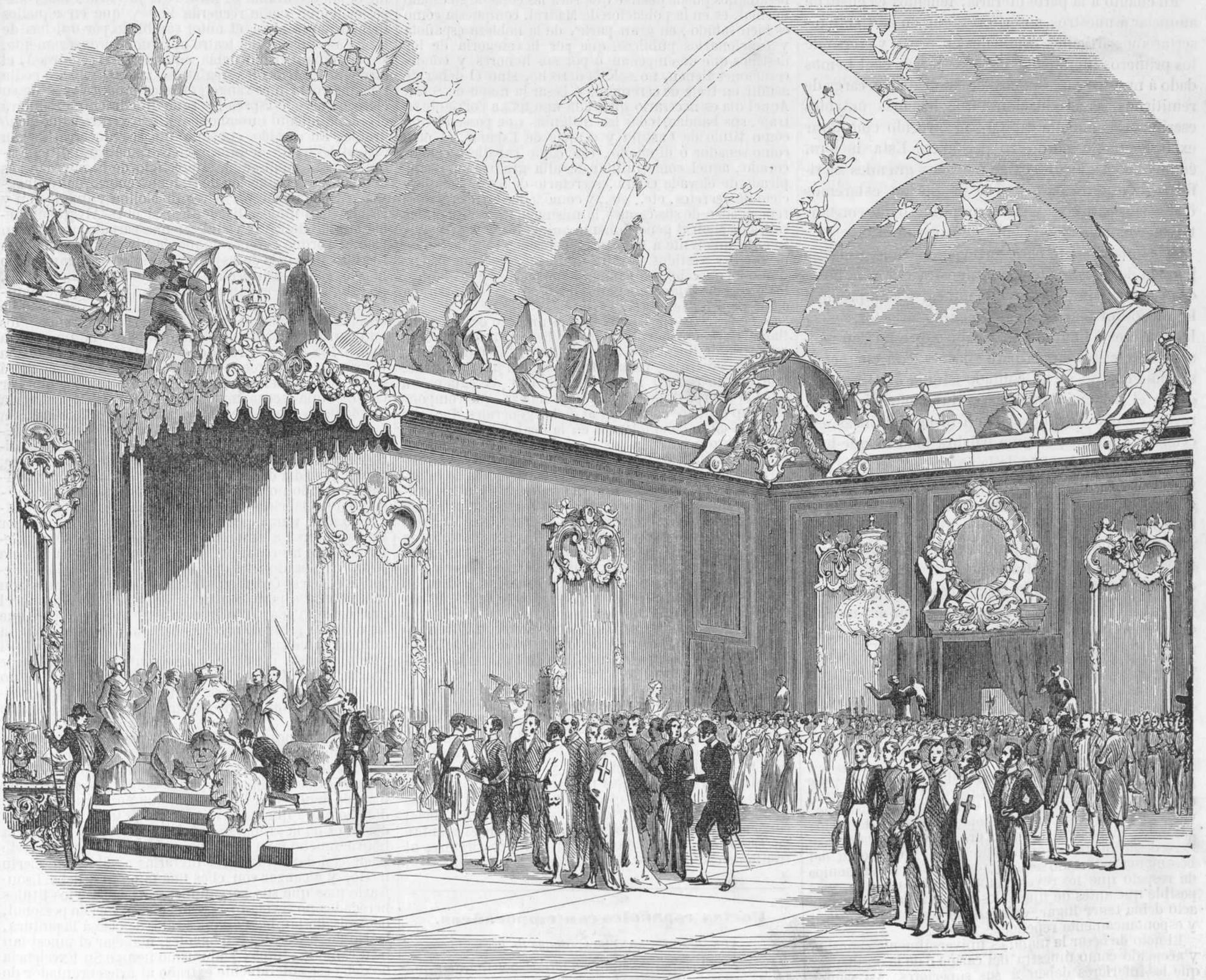
Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

## SUMARIO :

Advertencia. — Los besamanos; grabado. — Poetas españoles contemporáneos; D. Angel Saavedra; — D. Ventura de la Vega. —

Historia de la semana; grabado. — Drama marítimo; catástrofe del vapor americano la *Independencia*; grabados. — Lloyd austriaco en Trieste; grabados. — El hombre de la máscara. — El Trabajo y la Pereza. — El Serrallo; grabados. — Las maravillas de la ciencia. — Epigramas. — La vida de las

minas en California; grabados. — A Elisa. — Revista de la moda. — Un flaco, ó flaqueza de los hombres y de las mujeres. — Columna dedicada al Gran Ejército, en la plaza de Vendôme, en Paris.



Besamanos en la Corte de España.

## ADVERTENCIA.

Con este número empieza la segunda serie de nuestra publicación en la cual hemos procurado realizar todo lo que ofrecimos en el prospecto, y lo que para evitar la monotonía que caracteriza á toda enumeración prolija de circunstancias, puede resumirse en estos términos: el interés de la ciencia, y la amenidad de la forma.

La acogida que, como era natural, ha obtenido la *parte ilustrada y literaria del Correo de Ultramar* en las vastísimas regiones donde se habla la hermosa lengua de Castilla, lejos de producir en nosotros ese abandono, ese sueño á que, una vez recogido el premio de los sacrificios anticipados, se entregan generalmente las empresas afortunadas, nos ha estimulado por el contrario á dar cada vez mayor realce á nuestro periódico.

Nuestros lectores habrán visto que en efecto, como obra pintoresca nuestra publicación es sin disputa en su género la más interesante y bella que hasta hoy ha visto la luz pública en lengua española, y desde luego aseguramos que su importancia será cada vez mayor, pues hallándonos en contacto, y relaciones directas con las principales empresas de esta población eminentemente artística, adornaremos constantemente nuestras páginas con hermosos grabados, que á la importancia del asunto unan la elegancia de la ejecución, y prefiriendo siempre aquellos que ofrezcan un marcado interés de actualidad.

En cuanto á la parte literaria, tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscritores, que en adelante insertaremos artículos originales en prosa y verso de los primeros literatos de España, para lo cual hemos dado á nuestro corresponsal de Madrid el en cargo de remitirnos las producciones que los más notables escritores de aquella capital han ofrecido consagrar exclusivamente á nuestro periódico. Esta mejora, como es consiguiente, exige nuevos y grandes sacrificios de nuestra parte; pero ¿á qué no estaremos dispuestos para complacer á un público que con tanta benevolencia recompensa nuestras tareas?

Afortunadamente para corresponder á la generosa bondad de nuestros lectores, nuestra empresa no es de esas que cumplen tarde ó nunca, y siempre mal lo que prometen, anunciando como escritores y colaboradores á hombres respetables que no han pensado en escribir jamás para ellas, y con cuyo consentimiento no se ha contado siquiera. Ofrecimos desde el principio buenas producciones literarias, revistas semanales, novelas, crónicas científicas, excelentes grabados, en una palabra todo lo que bajo el triple punto de vista de la amenidad, el arte y la ciencia puede presentar un interés palpitante; ofrecemos también hacer nuestras remesas con escrupulosa puntualidad, y hemos cumplido religiosamente nuestras promesas. Hoy prometemos aumentar el interés literario de nuestras columnas con las producciones y firmas de los más célebres escritores españoles contemporáneos, y hemos adoptado los medios de que podemos disponer para que nuestra palabra no quede reducida, como en otros acontecimientos, á una vana y engañosa declamación.

L. y M.

## Los besamanos.

Una de las ceremonias más pomposas y solemnes que conoce la institución monárquica, es la del besamanos, costumbre cuyo origen nos es completamente desconocido. ¿Quién fué el primer monarca que la estableció? ¿Dónde y por qué razón tuvo principio? Lo ignoramos. Pero desde luego se comprende que la ceremonia del besamanos ha debido ser siempre una de los testimonios de respeto que los reyes reciben de sus súbditos, y es posible que antes de fijarse los días del año en que este acto debía tener lugar, existiese la costumbre natural y espontáneamente repetida.

El acto de besar la mano es universalmente conocido y aceptado como muestra del cariño ó de la obediencia que los inferiores deben á sus superiores. Así vemos que, en las pequeñas poblaciones, los muchachos y mu-

chas personas mayores se apresuran á besar la mano á todo sacerdote que hallan al paso, teniendo esta costumbre tal fuerza de ley, que hay pueblos donde se castiga la omisión. El mismo deber tienen los niños para con sus padres y hasta para con todas las personas mayores que encuentran en su casa siempre que vuelven de la escuela; y será excusado citar las solemnidades religiosas en las que generalmente se da fin por besar la mano el inferior al superior y el pueblo al sacerdote.

Sabido es también que una de las ceremonias más severas del catolicismo consiste en besar, no solo la mano, sino la chinela del soberano pontífice, y como nuestros lectores verán en el artículo del Serrallo que publicamos en otro lugar de este mismo número, hay días del año en que los súbditos turcos besan también el pie del gran Sultán.

Hacemos todas estas citas, porque de su analogía exterior se deduce lógicamente y de un modo general lo que al principio de este artículo dijimos de un modo concreto, á saber, que el acto de besar la mano es un testimonio de respeto que los superiores reciben de sus inferiores; de donde inferimos también que antes de fijarse límites de tiempo y de pormenores á este acto oficial de la monarquía, debía ser constante repetida y voluntaria la costumbre de besar los súbditos la mano de sus reyes.

Actualmente y sobre todo en España donde la monarquía ofrece un esplendor y majestad que apenas se ve en el resto de Europa, el acto del besamanos tiene lugar muchas veces al año, tales como los días y cumpleaños de la reina ó del rey, así como en otras festividades nacionales ó religiosas, y entonces el palacio despliega una magnificencia verdaderamente regia. Pero no es principalmente en palacio donde la solemnidad del acto se anuncia con preparativos que puedan llamarse extraordinarios, pues realmente en aquel augusto recinto siempre adornado y elegante apenas habrá necesidad de algunas ligeras reformas para recibir en cuerpo á aquellas notabilidades palaciegas diplomáticas, políticas ó militares que todos los días por una causa ú otra van á cumplir alguna ceremonia oficial. Donde el besamanos puede decirse que saca las cosas de su estado normal, es en la población de Madrid, compuesta como es bien sabido, en gran parte, de la nobleza española y funcionarios públicos, que por la categoría de los destinos que desempeñan ó por sus honores y condecoraciones tienen, no solo el derecho, sino el deber de acudir en traje de ceremonia á besar la mano de S. M. Aquel día es necesario que cada uno tenga corriente su traje, sus bandas, todas las insignias que posee el uno como título de Castilla y grande de España, el otro como senador ó diputado, este como caballero condecorado, aquel como militar de alta graduación, empleado de elevada esfera, secretario de S. M. con ejercicio de decretos, etc., etc., y como todos con corta diferencia salen de sus casas á la misma hora, vense en las calles de Madrid generalmente animadas, por el movimiento inherente á toda gran población, multitud de personajes vestidos de gran uniforme, los unos ostentando en el pecho sus bandas ó sus placas de brillantes, los otros sus fajas, sus entorchados ó su llave dorada como gentiles-hombres.

Y no se crea que sea escaso el número de personas llamadas á obtener esta honorífica distinción de la corte. Desde luego podemos contar unos cuatrocientos oficiales generales, mitad de los que la guía contiene, que por lo común residen en Madrid. Agreguemos á estos el cuerpo diplomático y la grandeza, que componen un número casi igual al de los generales. Después viene la clase de empleados en la cual debemos contar un número mucho mayor de asistentes al besamanos por la sencilla razón de que en Madrid están los ministerios y oficinas generales de todos los ramos de la administración, oficinas todas compuestas de altos empleados que por este concepto ó por otros títulos tienen dicha prerrogativa. Agreguemos en fin á este número ya prodigioso el de los jefes y oficiales superiores de la guarnición, el alto clero, la magistratura y otras clases que sería prolijo enumerar, y bien puede asegurarse que ascienden á algunos millares las personas que concurren al besamanos. Figúrense ustedes por lo tanto si debiendo todas estas personas en un día y casi á una hora lucir todas las galas exteriores de su posición social, tendríamos razón en decir que en el día de besamanos las cosas salen de su estado normal en la población de Madrid.

Nada dirémos en cuanto al acto del besamanos. La etiqueta cortesana tiene de antemano establecida la manera con que debe verificarse, y la gerarquía individual ó de corporación completa el orden de la ceremonia. Claro es que el acto empieza por los ministros, continúa por los senadores y diputados, y concluye en fin por aquellas personas ó clases más inferiores de la gerarquía social aunque por otros conceptos sean acreedoras á la estimación de la corte. Tal es la ceremonia oficial conocida en los gobiernos monárquicos con el nombre de *besamanos*, cuyo dibujo verán nuestros lectores al frente de este número.

## Poetas españoles contemporáneos.

DON ANGEL SAAVEDRA, duque de Rivas.

Apareció el romanticismo, esa tempestad literaria que desplegando su imponente magnificencia en el cielo de la Francia, envió á nuestra patria alguno que otro re-

límpago como el autor del Trovador, algunas gotas de agua como el duque de Rivas, Vega, Escosura, Ochoa y Larrañaga, y algunos sapos cuyos nombres no hacen aquí falta. Quiero decir con esto, que la poesía española abriendo paso á la nueva escuela francesa, tuvo representantes de primera, segunda y última clase, hombres grandes, hombres medianos y cantidades negativas; en una palabra, poetas eminentes, poetas de segundo orden, que los franceses llaman *pequeños poetas*, y poetas ó copleros como aquellos á quienes Quevedo daba el nombre de poetas hueros y chirles. Uno de los hombres más notables entre los que formaron en la segunda fila en la aristocracia de la inteligencia, era el señor duque de Rivas, grande de España de primera clase, después embajador y ministro; persona muy apreciable, según dicen, porque yo no tengo el honor de conocer á dicho señor más que de nombre y para servirle.

He puesto al señor duque de Rivas á la cabeza de los poetas de segundo orden, porque Su Excelencia no merece estar más alto ni más bajo como hijo de las Musas, aunque su cuna y su posición social den derecho por otro lado á su pensamiento, para cernerse en mas elevada esfera, y creo no hacerle favor ni disfavor. Hombre de poca imaginación, pero inspirado alguna vez al pulsar las cuerdas de la lira oriental, carece del suficiente vuelo para alcanzar un lugar entre los grandes poetas, aunque lo repito tiene con ellos algunos puntos de contacto. Por otra parte sus versos generalmente robustos dejan ver muy frecuentemente el esfuerzo con que se han producido, y creo que en muchas ocasiones Su Excelencia habría tenido que renunciar á concluir una escena de sus dramas y algunas estrofas de sus composiciones sueltas á no contar con el auxilio de sus dedos y el diccionario de la rima, por lo cual á pesar de mi buena voluntad no puedo hacer otra cosa en favor de Su Excelencia, que colocarle entre los poetas de segundo orden, esto es, en un punto inferior á García Gutiérrez y superior á otros que no quiero nombrar.

Debo sin embargo decir, que si el señor duque de Rivas hubiera tenido tanto número como inclinación á la moderna escuela literaria, habría llegado á ser el primer granadero del romanticismo. Una de sus primeras obras fué el famoso drama *D. Alvaro ó la fuerza de Sino*, composición que nadie recuerda hoy y que en aquellos tiempos no hubiera el autor cambiado por muchas de las mejores obras del teatro antiguo. Verdaderamente, si por romanticismo debía entenderse el desorden, el atropello de todas las reglas del arte, *D. Alvaro* podía reclamar el primer rango entre las producciones de su clase, género ó especie, porque difícilmente producirá el entendimiento humano cosa más excéntrica que dicho drama. En cambio, el asunto que se reduce casi, y sin casi, al desarrollo de un carácter dramático, no tiene siquiera para su disculpa el prestigio de la novedad: es una pobre reproducción de *D. Juan Tenorio*, de ese magnífico tipo creado por Tirso de Molina y que Byron y Mozart han inmortalizado. Eso sí el *D. Alvaro* del señor duque de Rivas podrá ser una parodia, pero no un plagio, porque el señor duque de Rivas, sino el talento tiene la conciencia de los poetas que saber estimarse como hombres. No puede decirse otro tanto de Zorrilla, el cual, no contento con escribir un *D. Juan Tenorio*, que es también una miserable parodia, ha tenido la debilidad de apropiarse todo lo más notable que ha encontrado en los autores que le han precedido, y para que no se diga que habló al aire, remito á mis lectores á la escena cuarta del acto tercero del *D. Juan de Marana* que dió á luz en sus primeros tiempos Alejandro Dumas, que por cierto es una escena muy buena, la cual está traducida al pie de la letra en el *D. Juan Tenorio* de Zorrilla.

Después del *D. Alvaro* escribió el señor duque de Rivas otras producciones entre las cuales figuran en primer lugar *El Moro expósito*, los *Solaces de un prisionero*, y una comedia de magia que el editor no llegó á publicar temiendo no hallar bastante papel para su impresión en las fábricas del renio, y acerca de la cual no diría yo nada tampoco aunque se hubiera publicado por no esponerme á emprender un trabajo perpetuo. Generalmente las obras del señor duque revelan un poeta lírico en sus detalles, pero carecen de ese enlace y desenlace, de ese orden en el plan, en fin, de esa armazón tan necesaria para constituir ese conjunto en que el arte debe ayudar á la inspiración. Así los dramas que he citado á pesar de algunas bellezas poéticas, y de la animación de sus diálogos, son obras medianas bajo el punto de vista del arte; y en cuanto á la comedia de magia, dicen los que han visto el manuscrito, que no saben como Su Excelencia ha tenido tiempo para escribirlo, cuando tal vez no bastaría la vida de un hombre para leerle.

El señor duque de Rivas no solo es un apreciable poeta, sino un estimable literato, y un regular artista. Mas inclinado á la aristocracia del talento que á la de la sangre á que también pertenece por su nacimiento, ha logrado tener una instrucción que no es común ¿qué digo común? que no tiene ejemplo entre los afortunados hijos de la grandeza española, y esta circunstancia honra mucho á Su Excelencia. Así, no satisfecho este señor con dar á luz obras literarias notables, en cierto modo, y alcanzar con ellas una fama que debe lisonjearle más que sus pergaminos, puesto que los títulos heredados no revelan por sí mismos el mérito personal, ha dedicado también algunos ratos de ocio á la pintura, logrando, según los inteligentes, manejar el pincel tan bien como la pluma; y al mismo tiempo Su Excelencia no debe ser enteramente extraño al arte encantador de la música, puesto que un periódico le atribuyó hace algunos años una ópera que no tuvo el mejor éxito, aun-

que abundaba de excelentes melodías. Por mi parte debo decir que ignoro si dicha ópera pertenecía al señor duque de Rivas como supuso el periódico á que me refiero, pero lo que me consta es, que dicho señor ha pintado, y escrito con bastante talento, logrando tan buena reputacion de artista como de poeta, y me complazco en repetir que si como poeta no es de primer orden, merece no obstante figurar á la cabeza de los de segundo.

## DON VENTURA DE LA VEGA.

He aquí una de las reputaciones literarias de la época en que ménos concuerdan los juicios de los críticos contemporáneos. Para los unos D. Ventura de la Vega es un eminente poeta, un talento superior, uno de los mas estimables ingenios de nuestro moderno parnaso; para otros no es mas que un hombre mediano, sin pizca de inventiva, con tan poca aprension como númen, que no sabe dar los buenos días sin recurrir al plagio, y todos hablan con algun fundamento.

Lo que yo diré desde luego es que D. Ventura de la Vega debia haberse llamado D. Buena-Ventura, pues seguramente es uno de los hombres que ménos deben quejarse de la suerte, y digo esto, no solo porque este señor es tal vez el que mas provecho ha sacado de las letras en nuestros días, sino porque ya habia recogido tambien mucha gloria antes de dar á luz una sola obra original. ¿En qué consistirá esto? No es fácil averiguarlo, pero me atreveria á apostar á que el homónimo del apellido no ha sido enteramente ajeno á la buena ventura de D. Ventura de la Vega. La gente del pueblo que no distingue de obras originales ni de traducciones, viendo anunciarse cada ocho dias una traduccion, la tomaba por una obra original, y al ver que casi todas ellas llevaban el nombre y apellido de D. Ventura de la Vega, creyó sin duda ser este mismo el famoso Lope de Vega que tanto habia resonado en sus oídos. Así he oído yo decir á mas de cuatro que indudablemente aludían al fénix de los ingenios « ¡Qué fecundidad tan portentosa la de D. Ventura de la Vega! ¡Tiene cerca de dos mil comedias sin contar los autos sacramentales! Y así se explica como este literato habia logrado labrarse una popular reputacion ántes de dar á luz una obra original.

Respecto á los juicios que los contemporáneos han formado acerca de D. Ventura de la Vega, he dicho que son exajeradamente opuestos, y que todos tienen razon. Es una verdad incontestable que este señor ha dado pocas obras originales, lo cual prueba en él esa falta del númen creador que constituye al poeta, y es cierto tambien que ha metido alguna vez la hoz en mies ajena, como suele decirse, lo cual prueba cierta falta de aprension sensible en un hombre que no carece de talento. Yo he visto al señor Vega salir muchas veces á las tablas cuando el público entusiasmado en la representacion de algunas comedias traducidas ha querido saber el nombre del autor, y el nombre del autor no solo se ha confundido, ú ocultado al público, en el teatro, sino que se ha omitido en la portada de las comedias impresas, muchas de las cuales se han anunciado como traducciones, otras como arreglos, y otras sin hablar de la originalidad de la traduccion ó del arreglo, como obras de D. Ventura de la Vega. Posteriormente, este señor ha llevado mas adelante su sistema de expropiacion ó despojo literario, pues ha dado á luz dos obras seguidas que no ha tenido reparo en anunciar como originales, siendo literalmente traducidas del francés, y tal es de algun tiempo á esta parte la desventura de D. Ventura que no puede matar la sed sin que al momento le señalen con el dedo la fuente donde ha bebido.

¿Qué obras originales ha producido en efecto D. Ventura de la Vega? No pueden citarse mas que dos de distinto género, que son la comedia titulada *El hombre de mundo*, y el drama *D. Fernando de Antequera*, obras de bastante mérito que acreditarían al señor Vega como un hombre de talento superior si fuesen suyas; pero desgraciadamente hay muchos que lo ponen en duda por aquello de, el que hace un cesto hace ciento, y yo tambien al ver la conducta de este señor á quien quisiera vindicar de la triste y merecida nota con que habria empañado para siempre sus glorias, aunque fuese tan grande como el mismo Lope, su homónimo; yo tambien digo, que dichas obras bautizadas como originales en Madrid han sido engendradas fuera de España. He aquí porqué no carecen de fundamento los enemigos de D. Ventura de la Vega.

Pero á pesar de todo cuando se ve, el buen tacto en la eleccion, el buen juicio en el arreglo, y en general las buenas dotes literarias con que dicho señor ha trasplantado el moderno teatro francés, se comprende la razon de los que le defienden como hombre, no diré de vasta instruccion, pero sí de talento de criterio, y de exquisito gusto literario. Realmente hay muchas traducciones del señor Vega, tan felices y concienzudamente hechas, que casi tienen la importancia de las obras originales. ¿Porqué el señor Vega no se ha contentado con su papel de traductor, en que hubiera sido una especialidad? ¿Porqué un hombre justamente considerado como el primero de los traductores modernos ha de haberse conquistado para miéntras viva, y aun para despues que muera, la vergonzosa reputacion de autor plagiario? Por fortuna ni esta nota ni los defectos en que se funda pueden ya ocasionar grandes perjuicios materiales á D. Ventura de la Vega el cual, merced á su mas ó ménos justa reputacion de otros tiempos, ha llegado á ser ofi-

cial del ministerio, maestro de la reina, comisario regio del teatro español, miembro de la Academia, y últimamente disfruta un crecido sueldo como autor dramático, es decir que ha recogido toda la honra y provecho á que en vano aspiran muchos literatos, y que nunca alcanzan los verdaderos poetas en España.

J. M. VILLER GAS.

## Historia de la semana.

Consecuentes con nuestro propósito de dar á conocer á los lectores de nuestra publicacion los personajes importantes que visitan la capital de Francia, ponemos hoy al fin de este número el retrato de S. A. R. el duque de Génova, dibujado por un compatriota del príncipe, el señor J. Devers, de Turin, que fué recibido por S. A. con este motivo.

El señor duque de Génova, en cuyo honor el emperador Napoleón pasó una revista de tropas el mes pasado en el campo de Satory, como saben ya nuestros lectores, tiene alguna semejanza con su difunto padre el desgraciado rey Carlos Alberto. Pondremos aquí una noticia biográfica de S. A. R., que es la mejor explicacion que podemos dar de nuestro dibujo:

« El príncipe Fernando, duque de Génova, es hermano del rey de Cerdeña Víctor Emanuel, é hijo segundo de Carlos Alberto y de la archiduquesa Maria Teresa, hija del penúltimo duque de Toscana.

» El duque de Génova nació el 15 de noviembre de 1822, y por consiguiente tiene hoy 31 años, y tenia 26 en la época de la batalla de Novara, donde hubo de participar de los esfuerzos y de la gloria de su difunto padre. Las cámaras de Sicilia llamaron á este príncipe al trono en 1848, bajo el título de Alberto Amadeo, y primer rey de la Sicilia constitucional. Sabidos son los motivos que impidieron su exaltacion al trono. El 22 de abril de 1850 se casó con la princesa Maria Isabel Maximiliana, segunda hermana del duque Juan de Sajonia, de quien tiene una hija, la princesa Margarita Maria Teresa Juana, nacida el 20 de noviembre de 1851.

» La casa de Saboya á que pertenecen el rey de Cerdeña y su hermano el duque de Génova, desciende del famoso Witkind por una larga serie de gloriosos antepasados. La Cerdeña, que comprende el Piamonte, la Saboya y la isla que da su nombre al reino, es hoy en Italia el único Estado regido por instituciones constitucionales.

» La monarquía sarda, dice el *Times*, al hablar de la llegada á Londres del duque de Génova, que salió de Paris dias pasados, es en el día una potencia en estado de resolver dificultades que se han creído insolubles en otras partes. Los príncipes de la casa de Saboya son los primeros, ó mejor dicho, los únicos príncipes italianos que unen á la energía de carácter el conocimiento de las necesidades de su tiempo, por lo cual se hallan llamados á representar un glorioso papel, toda vez que la ocasion se presente.

La salida de Paris del duque de Génova ha sido acompañada de otras muchas salidas, pues la emigracion parisiense que huye de los calores del estío, ha tomado mucho incremento en esta semana. Pero tambien es preciso decir que en cambio van llegando á Paris muchos extranjeros, de modo que, gracias á esta compensacion, nunca nos falta gente. Los extranjeros que visitan la capital de la Francia pueden dividirse en dos categorías, á saber: extranjeros de invierno, y extranjeros de verano, categorías muy distintas y notables, sobre todo entre los ingleses que tanto abundan en la sociedad parisiense. Los ingleses de invierno se marchan á la entrada de la primavera para satisfacer la pasion de los viajes tan arraigada en ellos. ¿Quién seria capaz de señalar el número de viajeros ingleses que corren en este instante hácia los Dardanelos? ¡Una batalla naval! Soberbio espectáculo para esos insulares acometidos de un spleen permanente.

Pero no solo el intrépido sexo masculino se prepara á presenciar tan divertido espectáculo, sino que muchas señoras y señoritas de la alta sociedad británica han salido de Paris estos dias con el mismo motivo, y entre ellas podemos citar á una jóven muy conocida en los círculos de la sociedad parisiense por su afición desenfrenada á los viajes.

Esta incansable viajera es una de esas inglesas que han recorrido el Occidente y Oriente, que han atravesado el Desierto con guantes, abanico y sombrilla, y vestido de volantes, lo mismo que si se paseara por un parque de Londres. Jóven aun, puesto que no ha llegado á veintiocho años, ha visitado numerosos países. Segun la costumbre establecida entre los ingleses, habla frecuentemente de sus viajes y de sus impresiones al contemplar los grandes espectáculos de la naturaleza, como la cascada del Niagara, el Vesubio, las pirámides de Egipto, etc., etc.

Como para satisfacer su pasion dominante necesita una entera libertad, esta jóven ha renunciado heroicamente al estado de matrimonio. Muchos pretendientes á su blanca mano han tenido que sacrificar para permanecer fieles á su resolucion, porque jóven, rica y hermosa, ha sido muy buscada por muchos hombres; á veces ha sucedido tambien que ha tenido que vencer las secretas inclinaciones de su corazón, pero en este caso la jóven inglesa tiene un medio muy simple de salir del apuro, cual es el de emprender al punto una nueva correría.

Su cálculo no es malo: ¿qué marido la permitiría hoy el asistir á los movimientos militares que se ejecutan en Oriente?

Los franceses, hablando en general, no se aventuran en viajes tan largos. Aquí una visita á la Suiza ó á la Italia es lo bastante para acreditarse en la sociedad como hombre que ha viajado. Este año parece que el viaje á Suiza está muy á la moda, y en efecto no puede darse un espectáculo mas bello é imponente que el que presentan esos sitios pintorescos, esas majestuosas montañas, esos lagos y esos ventisqueros, que despiertan en el alma las sensaciones mas variadas y poéticas.

Otro punto hay en el día á donde concurre tambien la mu-

chedumbre, quizás con mayor fervor que á la Suiza, inundada en verano de extranjeros de todos los países que quitan mucha parte de su encanto á aquellos lugares, y es la Alemania. Las orillas del Rin son un hermoso paseo, que los caminos de hierro y los vapores han facilitado hasta lo sumo.

Pero sobre todo donde carga la emigracion parisiense es en los baños de Baden, de Spa, de Homburgo, de Vichy, etc., puntos que se convierten en otros tantos centros de elegancia y de gustosos placeres; Cuántas intrigas se urden ahora en Paris que tienen en los baños su desenlace! Las señoras no hablan mas que de jaquecas, de crisis nerviosas y de cansancio; aquellas que mas han brillado durante el invierno, se hallan ahora en un estado de salud deplorable.

— Ya se ve, esto es resultado de los bailes, dirán todos los que no saben que la mujer parisiense tan débil y delicada en apariencia, es de una constitucion de hierro para las diversiones.

Y en este error vulgar suelen caer muchos maridos, cuando dicen á sus mujeres:

— Te dije que tanto baile te haria daño, pero no has querido hacer caso de mis consejos.

— Es cierto, pero tú ignoras que si yo iba á tantas reuniones, lo hacia únicamente por tí; responde la enferma con voz doliente.

Esta es la cancion de todas las mujeres: siempre quieren aparentar que se sacrifican, aunque solo obedezcan á la voz de sus caprichos y de sus pasiones. Al mas rebelde de todos los maridos ellas sabrán probar que se inmolan por él yendo al baile, donde no se mostraban sino en provecho de sus intereses, para cultivar sus relaciones, ó para favorecer sus miras ó proyectos.

Ahora bien, ¿qué hombre es tan duro de corazón que no se compadezca de una mujer que lleva el amor de su marido hasta el punto de quebrantar su salud, y de caer enferma?

— Si no me quieres ver morir, dice la esposa con voz de sirena, es preciso que me lleves cuanto ántes á los baños. Necesito la soledad, el silencio y el descanso, y por eso te pido únicamente que me lleves á tomar baños á un sitio desierto y retirado, lejos del ruido y de la muchedumbre.

En tal estado de cosas se llama al médico, que, como hombre que conoce las afecciones morales de la enferma, pronuncia el siguiente fallo:

— Las únicas aguas que le convienen á Vd., dice con acento magistral, son las de Baden.

El marido va á tomar la palabra, pero la mujer no le da tiempo para ello, pues ántes que él se subleva y exclama:

— ¡Baden! es imposible, señor doctor; ¡un sitio donde hay tanto ruido!

— Sí, pero las aguas son muy buenas.

— ¡Baden, la reunion del mundo elegante, el centro de las diversiones de verano!

— Es verdad, pero tambien el que quiere puede vivir aislado.

— ¿De veras? Entónces, puesto que Vds. lo exigen, les haré este nuevo sacrificio.

— No hay otro remedio si hemos de curarnos.

— Pero, amigo mio, prosigue la enferma dirigiéndose á su marido, me has de prometer que no harás ir ni á reuniones, ni á bailes, que me dejarás quieta en la soledad en que quiero enterrarme. Doctor, dígame Vd. que me lo jure, pues mi salud exige un reposo absoluto; además no saldré de casa mas que lo preciso, de modo que me será imposible presentarme entre la gente de tono.

Así se sale adelante en la cuestion de baños, tan importante para la mujer en el estío, como lo es la de los bailes en el invierno.

Pero lo cierto es que todos estos viajes veraniegos nos dejan á Paris despoblado de su sociedad elegante, por cuyo motivo nuestra crónica semanal no encuentra su debido alimento. A falta, pues, de esta chismografía de salones, hablaremos hoy un poco de teatros.

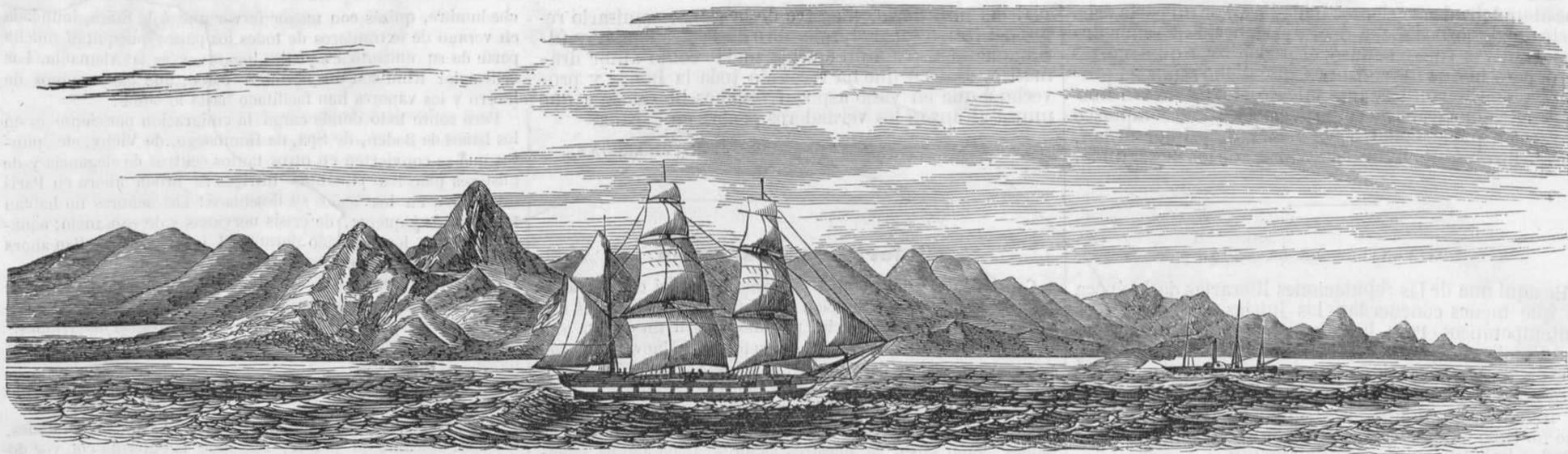
El Teatro Francés ha puesto en escena un drama en cinco actos intitulado *el Lirio en el Valle*, sacado de la novela de Balzac que lleva el mismo nombre. Todo el mundo conoce esta obra sorprendente que contiene quizás las mas bellas páginas del libro colosal que Balzac llamó *la Comedia humana*; solo él habria podido escribir aquello, ningun otro habria tenido esa fuerza, ese poder de llevar la verdad hasta el delirio, esa intuicion satánica. En este libro el análisis de las pasiones humanas engendra una pesadilla constante.

Una mujer, tiranizada por un marido déspota y ya en el ocaso de su vida, madre de dos criaturas enfermas que llevan marcada en la frente la señal de una muerte precoz, concibe una casta amistad por un jóven que el acaso lleva á las soledades en que vive. Este cariño avivado por el soplo de la naturaleza y de la juventud, se cambia luego en amor; pero la esposa quiere permanecer fiel, la madre quiere ser pura, y comunica á su jóven amante esa pureza inflamada que abrasa su pecho... Un dia el amante le es infiel, y la mujer sin el único apoyo que la sostenia en la tierra, muere amando, lo mismo que amaba cuando vivia.

El libro no es mas que esto; es una poesia prolongada cantando el lento suicidio de dos almas extasiadas, de dos corazones que mueren embriagados con el veneno de una pasion que no tiene nada de profano.

El grupo de los dos amantes marcha entrelazado por en medio de un paisaje movedizo de árboles, de flores, de nubes y de sombras; el campo les rodea y les acaricia con sus brisas perfumadas. En torno suyo, todo se anima, todo brilla; la mujer amada llena el cielo y la tierra con su dulce presencia; un destello divino resplandece en su frente, el lirio ostenta su pureza sin mancha, el arroyo murmura la queja lastimera de sus secretos pensamientos, y el ruiseñor canta eternamente sus desposorios.

De tiempo en tiempo la tos del niño enfermo, el grito desgarrador del maniático anciano, turban aquellas tranquilas armonías con sus ásperas disonancias, pero al punto vuelve á comenzar el himno interrumpido, fervoroso como siempre. Inagotable, y ambas almas detenidas un instante en su vuelo, se



La isla de Santa Margarita.

extasian de nuevo en su pasión celeste. Jamás el amor humano ha brillado en la tierra con tanto esplendor, con tan inalterable pureza.

Pasando á analizar ahora el partido que los autores del drama en cuestión han sabido sacar de la obra del inmortal autor de la *Comedia humana*, dirémos solamente que han triunfado con destreza y habilidad del escollo que presenta esta obra para el teatro, por ser toda ella, de narración, de observación y de análisis. Sin embargo, los sucesos se acumulan á veces con demasiada rapidez en el drama; pero el espectador suplea los vacíos, completando la comedia á beneficio del recuerdo de la novela que vive en el corazón de todo el mundo.

Los actores por su parte hacen prodigios en unos papeles cuyos tipos tanto se prestan al interés escénico. Mademoiselle Judith, que representa la esposa resignada, ha dado vida á esta creación, y estamos seguros de que si Balzac viviese aun, exclamaría: « ¡Esa es la mujer que yo puse en mi libro! »

MARIANO URRABIETA.

26 de junio de 1853.

### Drama marítimo.

#### CATÁSTROFE DEL VAPOR AMERICANO LA INDEPENDENCIA.

El 16 de febrero, el vapor la *Independencia*, su capitán Sampson, volviendo de San Juan del Ma á San Fran-

cisco, después de haber doblado la punta Sur de la isla Margarita, pegó contra un arrecife, y principió á hacer agua. Era al amanecer, de modo que pocos viajeros se hallaban levantados, pero al golpe todos se pusieron en pié instantáneamente, permaneciendo con la mayor serenidad en medio del peligro. Se dió la orden de retroceder, y el buque pudo salir del sitio en que se había metido.

Todos cuantos hombres estaban allí se ocuparon en sacar el agua que había en el fondo del buque, pero á pesar de todos sus esfuerzos, hubo que convenir en que el buque estaba perdido.

Había á la vista una montaña alta y escarpada; el buque marchaba á toda velocidad hácia una playa que parecía el sitio mas propicio para zozobrar; pero las rocas que le rodeaban hicieron fracasar este proyecto, pues en el camino pegó otra vez contra un nuevo arrecife.

El agua que iba dentro del buque se precipitó hácia adelante, haciendo salir la llama de los hornos, lo que incendió al punto la embarcación.

Hasta aquel momento no se habían podido echar á la mar ninguno de los tres botes de salvamento, que estaban fuera de servicio; solo se pudieron hallar tres remos, pero al cabo se echó al agua un botecillo que llegó á tierra con algunos pasajeros.

Las llamas hacían entretanto rápidos progresos; no se oían mas que gritos, lamentaciones y plegarias al Todopoderoso, en una palabra, la confusión había llegado al colmo. Algunos hombres se echaban á nadar

con la esperanza de llegar á la orilla, pero la mar estaba muy crecida, y hallaban una muerte inevitable entre los arrecifes.

Durante este tiempo se habían arrojado al mar los otros botes que se llenaron con mas hombres que mujeres.

No entraré aquí en los pormenores de todos los incidentes que han enumerado los periódicos. Me bastará decir que en esta, como en muchas ocasiones, se vieron al lado de los actos mas generosos, las acciones de avaricia mas criminales.

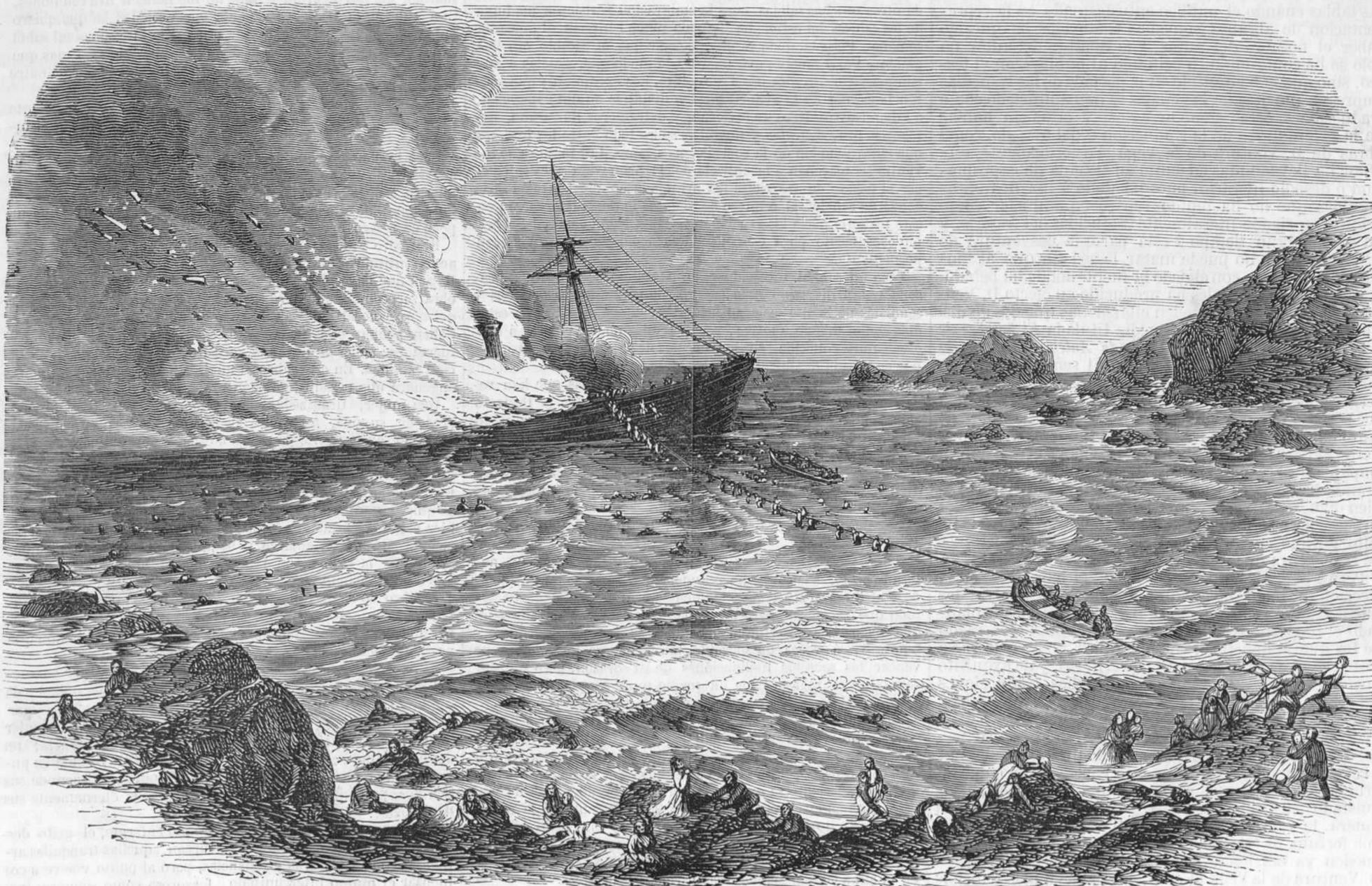
La imaginación podrá suplir lo que falta á mi relato, aunque jamás podrá acercarse á la verdad de tan triste situación. Una hora después del primer choque, de los cuatrocientos pasajeros de la *Independencia*, mas de ciento cincuenta habían perecido.

Las personas salvadas, después de haber permanecido algunos días en la isla, sufriendo las mayores privaciones, se embarcaron en un buque ballenero, y llegaron á San Francisco al cabo de mes y medio.

Desde esta época el vapor *Tennessee* zozobró á dos millas de la entrada de la bahía de San Francisco, aunque se salvaron los seiscientos pasajeros que llevaba.

El 3 de abril, zozobró igualmente el vapor *S. S. Lewis*, á ocho millas mas arriba que el *Tennessee*; tampoco hubo que deplorar aquí ninguna desgracia; y por último, pocos días después estalló la caldera del *Jenny-Lind*, al atrevesar la bahía. Aquí perecieron veintiseis personas, y cincuenta quedaron heridas.

E. D.

Incendio y naufragio de la *Independencia* (steamer americano) en la costa de la isla de Santa Margarita.

EL LLOYD AUSTRIACO EN TRIESTE.

Trieste 10 de junio de 1853.

Acaba de tener lugar, con toda ceremonia, la bendición de la primera piedra del arsenal que la sociedad del Lloyd austriaco va á construir en Trieste, en la ribera de San Andrés. Algunos dias despues se habia puesto tambien la primera piedra de otro establecimiento, que es el arsenal de la marina austriaca en Pola. Creemos oportuno dar aquí algunos detalles sobre la compañía del Lloyd.

Esta vasta compañía, cuya influencia es igual á la de su rival, la *Sociedad del Danubio*, va tomando mas incremento cada dia. La *Gaceta de Colonia* decia en uno de sus últimos números, que era la sociedad marítima mas importante que hay en Europa. Reasumirémos aquí su historia en dos palabras.

M. de Bruck, ministro del comercio en 1833, hoy intertuncio del gobierno austriaco en Constantinopla, ántes de salir para este destino, presencié la solemnidad que hemos indicado mas arriba. El fué quien concibió la idea de fundar en Trieste la sociedad del Lloyd, y su proyecto sobrepujó á sus esperanzas. La compañía, formada con la ayuda de los señores de Reyer y Rotschild, se divide en dos secciones, la primera consagrada á los seguros marítimos, y la segunda á la navegacion por medio del vapor.

La sociedad, constituida bajo el capital de 2,500,000 francos, compró, para principiar, dos vapores pertenecientes á los ingleses, que iban y volvian de Trieste á Venecia dos veces por semana; pero á poco tiempo, la compañía no se limitó á esto solo, sino que principió á explorar todo el mar Adriático, luego la Grecia, luego las regiones del Levante, luego el mar Negro, etc., de modo que en el dia, al cabo de diez y seis años de exis-

tencia, el Lloyd cuenta cincuenta y ocho vapores, con un total de 28,105 toneladas y de la fuerza de 9,320 caballos.

El Lloyd piensa aumentar el número de líneas que sirve hoy; así sus piróscafos explorarán próximamente las orillas del Po, lo que pondrá en rápida comunicacion á Trieste con todas las ciudades de la alta Italia. Para esto se necesita construir nuevos buques, y como los arsenales situados á dos millas de Trieste, en la bahía de Servola, no bastan, se ha tratado de hacer un arsenal en la bahía de Muggia, sitio muy favorable para el caso.

Este arsenal que debe ocupar un espacio de 22,500 toesas (medida de Viena) servirá exclusivamente para la construccion y armamento de los piróscafos, donde podrá haber cinco á la vez. El establecimiento tendrá sus diques, lo que es una cosa enteramente nueva en Austria. Todos los objetos, todas las máquinas necesarias para la navegacion de vapor se harán en ese arsenal. Las oficinas de la administracion ocuparán un gran terreno, habrá talleres para los dibujantes, un lavadero, un gasómetro, patios para la madera, etc., etc. Habrá además fraguas donde se fabricarán las calderas y fundiciones; y poco despues entrarán en actividad los talleres de ebanistas, carpinteros mueblistas, etc. Ya se están colocando los carriles para los caminos de hierro

tos. En la asamblea general que se verificó el 28 de mayo último, el presidente leyó á los accionistas una memoria, de la que resultaba que los beneficios líquidos del año de 1852 se elevaba á 345,008 florines. Jamás, salvo en 1851, el dividendo habia sido tan considerable, y si no es superior al del año precedente, consiste en la concurrencia de las compañías turcas que se han establecido en el mar Negro.

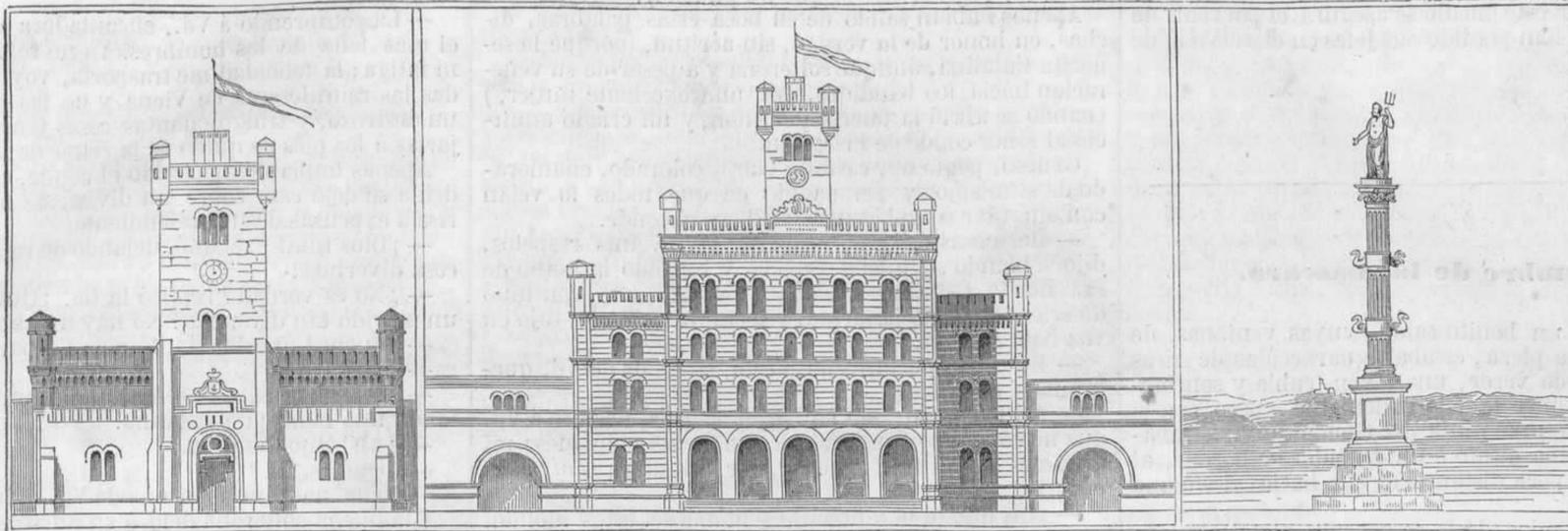
En la memoria se decia que en 1852, la flota del Lloyd se habia aumentado con tres buques mayores, cada cual de una fuerza de 400 caballos, el *Esmirna*, (buque de hélice), la *Australia* y *Calcuta*. Se han hecho 182 viajes por el Levante, 215 sobre el Danubio, 47 en el mar Negro, 131 en la Grecia y las islas Jónicas, tocando en Ausona y en Brindisi, 522 en el golfo Adriático, y 83 en otras varias localidades, lo que ha dado un producto de 2,614,150 florines, de cuya cantidad debemos deducir 2,091,079 florines por gastos de navegacion, y despues el costo de la administracion, que es bastante crecido.

Tambien ha habido que aumentar el personal; 8 tenientes han obtenido el grado de capitanes, 12 subtenientes han ascendido un grado, y han entrado 16 subtenientes nuevos.

La sociedad posee en el dia un capital de 4 millones de florines. Tiene 154 empleados, 107 capitanes, 1,124

que deben partir de varias partes de este edificio á las orillas del mar y ya se elevan ó van á elevarse en los aires las gruas que deben servir para trasladar las máquinas de un punto á otro.

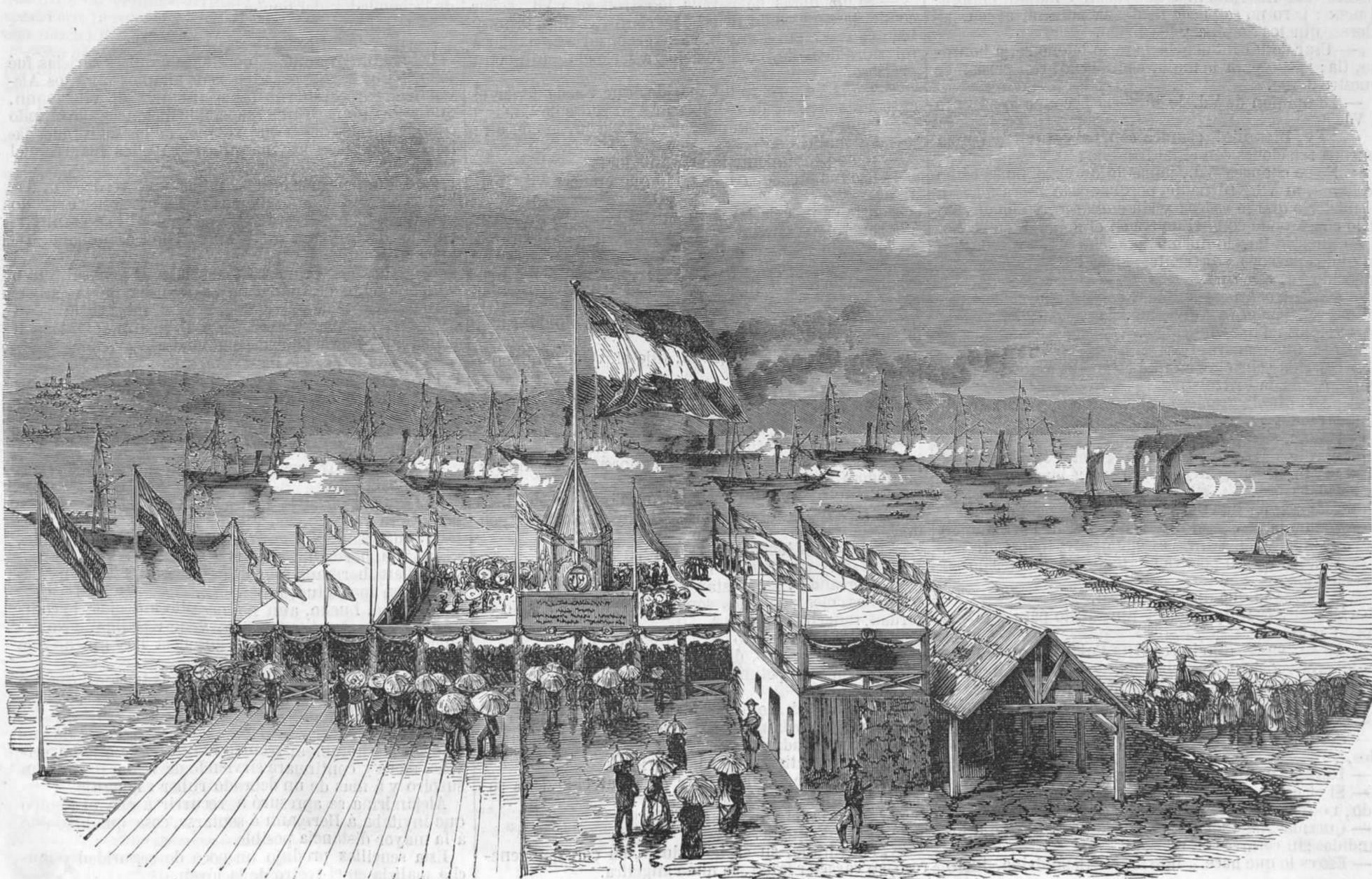
Todo esto costará muchísimo dinero, como puede adivinarse fácilmente; pero el aumento de entradas que habrá en la sociedad la permite arrostrar tamaños gastos.



Entrada principal.

Edificio de la administracion.

Monumento.



Colocacion de la primera piedra del arsenal fundado por el Lloyd en Trieste.

maquinistas y marinos, y 961 obreros. La sociedad posee también una caja de pensiones para las viudas y menores, que asciende ya á 180,000 florines. Todos los años se descuenta una pequeña suma de su haber á los empleados, y por este medio se asegura el porvenir de las familias que han perdido sus jefes en el servicio de la compañía.

X.

### El hombre de la máscara.

En Viena, en un bonito salón, cuyas ventanas, de un cristal de una pieza, estaban guarnecidas de ricas colgaduras de seda verde, una jóven, rubia y sonrosada como las produce la fértil Alemania, pero con la viva expresión de una ninfa del Guadalquivir, trabajaba ó no trabajaba junto á un bastidor de bordar, al paso que á muy poca distancia de ella hacia calceta una venerable señora.

— Sí, querida mía, decía la señorita Catalina... Ya se comprende que se trata de la venerable señora; nunca se llama Catalina sino de cuarenta años arriba.

Sí, querida mía, el hombre de la máscara ha vuelto á aparecer en las montañas del Tyrol, y ya se cuentan sus víctimas á millares.

— ¡Ah! prorumpió la bonita rubia, sin saber la exclamación que había hecho, porque su pensamiento estaba en otra parte.

— Y no solamente detiene á los viajeros y los despoja, continuó la señorita Catalina, sino que saquea las habitaciones, las quema, y no deja detrás de sí más que miseria y desesperación.

— Sí, tía, murmuró de nuevo la jóven, que había conocido que era preciso responder, puesto que su tía se paraba.

— ¡Cómo, sí, mi tía! replicó la señorita Catalina, dejando de mover sus ruidosas agujas; ¿qué significa ese sí, tía? ¿No ha oído Vd. nada de lo que la he dicho?

— ¿He perdido mucho? *that is the question*, pensó la bordadora. Perdón Vd., tía, repuso en voz alta con un aplomo sin igual, me hablaba Vd. del conde de Fritzolen: ese es el eterno asunto de sus discursos y pensamientos de Vd.

— No, señorita, no; le hablaba á Vd. del hombre de la máscara, de ese héroe de quien todos hablan, que ninguno ha visto, y á quien todos temen.

— Héroe, tía!

— Sí, señorita, héroe, y no lo es quien quiere, ni aun á tal precio.

— Olvidaba que mi tía tiene afición á todo lo que lleva el nombre de bandido.

— Hay bandidos de bandidos, querida; que ahorquen á esos viles instrumentos que roban y matan, enhorabuena; pero no se puede menos de admirar al jefe poderoso que los domina y los dirige.

— Usar de tal influencia para lo bueno sería honroso, tía; ¡pero para lo malo, es indigno! con perdón de vuestro héroe.

— La opinión de Vd. le importa poco, se lo aseguro á Vd.

— ¡Ay, Dios mío! ¡parece como si estuviera Vd. en buenas relaciones con el tal bandido!

— No se chancee Vd., jamás lo he visto, no sé cómo se llama, ni Vd., ni nadie, porque hasta ahora admira el misterio que lo rodea; y sin embargo, yo lo adivino y lo comprendo como si leyera en el fondo de su pecho.

— Querida tía, lo mismo ha dicho Vd. de todos los bandidos pasados y presentes; en el teatro es donde ha conocido Vd. este tipo.

— ¡Así razonan estas niñas! contestó la señorita Catalina, sonriéndose y volviendo á la calceta; felizmente hay medios de hacerlas callar.

— ¿De qué manera, tía?

— Querida sobrina, ¿en qué están sus amores de Vd. con el conde de Fritzolen?

— ¡Ah! dijo la graciosa rubia con una sonrisa trágica, tenía Vd. razón, ya me callo.

— ¡Cómo, siempre cruel!

— Perdón Vd., tía, prometo respetar los bandidos.

— ¿Formalmente, Alejandrina? ¿qué puede Vd. echar en cara al conde?

— Mil cosas en una; que no le amo.

— Sin embargo, es el esposo que yo, la hermana de su pobre madre de Vd., he escogido entre todos para Vd.

— Vd. que es tan poética en todo, no lo ha sido en esta elección.

— Veremos lo que dice el general.

— Mi padre es muy bueno y muy justo para casarme á pesar mío.

— Ya sé, ya sé, dijo la señorita Catalina, que se daría la preferencia sobre el conde á cierto capitancito que no tiene más que la capa y la espada.

— Eso es todo lo que se necesita para adquirir gloria.

— La gloria no paga los cachemires.

— Con la gloria y el amor, se puede una pasar sin ellos.

— Durante quince días, para llorarlos treinta años.

— Si el pobre Hermann fuera primo ó hijo de bandido, no tardaría mucho el conde en ser deshaciado.

— Querida Alejandrina, se puede tener afición á los bandidos sin casarse con ellos.

— Eso es lo que hace... murmuró Alejandrina, incli-

nando su blonda cabeza sobre el vestidor de su bordado.

— Que me haya quedado soltera, añadió la señorita Catalina, que adivinó lo que no pudo oír.

Apénas habían salido de su boca estas palabras, dichas, en honor de la verdad, sin acritud, (porque la señorita Catalina, aunque solterona y á pesar de su veneración hacía los bandidos, era una excelente mujer,) cuando se abrió la puerta del salón, y un criado anunció al señor conde de Fritzolen.

Grueso, pequeño, castaño claro, colorado, enamorado de sí mismo, y persuadido de que todos lo veían con singular complacencia: tal era el conde.

— Hermosas señoras, presento á Vds. mis respetos, dijo doblando su ancha espada, y besando la mano de la señorita Catalina. Cada vez más hermosa, continuó dirigiéndose á Alejandrina, y siempre de hielo, dijo en voz baja á la tía.

— Eso no importa, repuso esta, su amor de Vd. quebrantará ese hielo.

— Así lo espero; sin embargo, señora, declaro á Vd. que no estoy acostumbrado á tan largos combates; mi divisa es la de César: llegar, ver y vencer; *veni, vidi, vici*.

— ¡Uf! dijo el hombrecillo sentándose, estoy molido.

— ¿Qué ha hecho Vd., pues, preguntó la complaciente Catalina?

— ¡Dos horas de parada á caballo, nada más que eso! porque el conde llevaba uniforme para interrumpir la monotonía del frac negro, pues en cuanto á pólvora no la usaba sino entre los gorriones.

— ¡Todo eso! dijo sin poderse contener Alejandrina, con cierta sonrisa poco lisonjera para el conde; indudablemente debe Vd. tener necesidad de descansar.

— ¿Qué fatiga no se olvidaría al lado de Vd., hermosa mía?

— ¡Hacer olvidar dos horas de parada á caballo! sería un mérito que yo podría atribuirme.

— ¿Sabe Vd., señor conde, dijo la señorita Catalina, para cortar la malignidad de su sobrina, que el uniforme de gala le sienta á Vd. admirablemente?

— ¿No es verdad, hija mía?

— El señor conde está siempre lo mismo para mí, dijo la jóven.

— Me confunde Vd., exclamó el conde. Nunca la he visto tan encantadora, dijo en voz baja á la solterona, que meneó la cabeza sin replicar. ¿Veremos á Vd., señorita, en el baile de máscaras de esta noche?

— ¿Cuándo me ha visto Vd. en él, señor conde?

— Perdón Vd., había olvidado que le repugna á Vd. tal diversion.

— No la conozco siquiera. Me parece, dijo Alejandrina gravemente, que una mujer no está allí bien, si no va colgada del brazo de su marido ó su padre.

— Pero ¿no esperan Vds. al general?

— De un día á otro.

— ¡Bueno! podía llegar dentro de una hora, y podía llevar á Vd. al baile, apénas se quitara las botas.

— Si dos horas de parada lo estropean á Vd., señor conde, tres meses de marchas y combates pueden muy bien causar alguna fatiga. Me avergonzaría de hablar á mi padre de baile, cuando debiera serle el descanso tan precioso.

— Tome Vd. pronto un marido, que pueda tener el agradable derecho de reemplazar á su padre de Vd.

— En eso estoy pensando, contestó la jóven con aire jovial y malicioso.

— ¡Qué pensamiento tan encantador!

— Eso me preocupa más de lo que pudiera Vd. imaginar.

— Esta es una declaración, dijo el conde en un aparte á la solterona; ¡una verdadera declaración! Ya sabía yo que esto debía concluir así, ¡qué diablos! ó se conoce á las mujeres ó no... ¿Y es lícito preguntar á Vd., amable Alejandrina, cómo se figura Vd. ese feliz marido?

— Jóven, respondió, chispeándole en los ojos la ironía de su palabra.

— De la segunda juventud, dijo el conde, que tenía razón para hablar así.

— No, de la primera, entre 25 y 30 años.

— Entre 30 y 40, es mejor, ¿no es verdad, señorita Catalina?

— Cierto, dijo la complaciente solterona.

— Querria, además, que fuese moreno, continuó la bordadora.

— De un moreno un poco claro, ¿no es verdad, hermosa? Castaño claro, rubio oscuro, un bonito matiz, en una palabra.

— Quiero que tenga ojos grandes.

— No muy grandes, no muy grandes.

— Sí, grandes, me gustan grandes.

— ¡Los ojos pequeños son tan expresivos! ¿No es verdad, señorita Catalina?

— Con el talle esbelto, alto, gracioso.

— Gracioso, eso es, dijo el conde, girando sobre los talones, como los petímetros de otros tiempos, pero esbelto y alto, no.

— Perdón Vd., lo quiero así.

— Un talle mediano, proporcionado, un poco lleno, está bien y agrada á la vista.

— En perspectiva, dijo Alejandrina.

— Finalmente, murmuró el conde al oído de la señorita Catalina, si ella me ve así.

— ¿Se trata de Vd., señor conde?

— ¿Pues de quién?

— ¿Por último, su espíritu dulce, su corazón generoso, su carácter igual, su alma angélica.

— ¡Por favor, por favor! exclamó el conde, eso ya es demasiado, yo no merezco...

— ¿Cómo, pues? preguntó Alejandrina con el aire más sencillo.

— La comprendo á Vd., encantadora criatura, y soy el más feliz de los hombres. Ya no se trata de parada ni fatiga; la felicidad me transporta, voy corriendo á todas las ramilletteras de Viena y de las cercanías, hago un destrozo, y traigo cuantas rosas tengan, para arrojarlas á los pies de quien es la reina de todas ellas.

Apénas había desaparecido el conde, cuando Alejandrina se dejó caer sobre un diván, desternillándose de risa á expensas de su pretendiente.

— ¡Dios mío! exclamó, dejando de reírse, ¡vaya una cosa divertida!

— ¿No es verdad? replicó la tía. ¡Qué fortuna tener un marido tan divertido! No hay muchos que sean así.

— ¡Bueno! querida tía, tómelo Vd. para sí.

— ¡Loca!

— Una carta para la señorita, dijo un criado presentando una bandeja á Catalina.

— ¡Ah! dijo Catalina.

— ¿Qué es, tía?

— Nada, nada, no se incomode Vd., al instante vuelvo. Y la buena solterona dejó á su amable sobrina entregada á sus conjeturas y á su bordado.

— Nada, pobre tía, pensó la jóven, ¡qué poco sabe disimular! por el contrario, algo hay; alguna nueva locura del conde. ¿Quién me librará de él, Dios mío?

Y pronunciando en voz alta estas palabras tan poco lisonjeras para el señor de Fritzolen, Alejandrina se dirigió hácia una de las hermosas ventanas que daban al paseo, levantó una cortina, y se puso á mirar, sin verlos, los elegantes carruajes que circulaban y corrían á porfía.

— Querido Hermann, se dijo á sí misma, ¡cuán distantes me parecen los días en que te veía cruzar desde aquí, noble y hermoso, sobre tu noble y hermoso caballo! ¿Qué hará en este instante? ¡Ah! ¡léjos de hacerme temblar la idea del combate, me enorgullece; aquel á quien amo no puede morir; lo aguardo victorioso. Y cuando vuelva, ¡qué alegría oírle referir sus riesgos y peligros! Tales narraciones estremecen, pero la mitad es de orgullo, y la otra mitad de miedo. Preciso será que mi padre ceda. ¡Pobre!... ¿qué importa? ¿No soy yo bastante rica para los dos? ¡Con tal que él me ame! ¡con tal que no me equivoque interpretando sus miradas! ¿Porque hasta ahora no me ha dicho nada de su amor? ¡Terrible cosa! Pero seguramente me ama, y concluirá por decírmelo; en estas cosas nadie se equivoca.

En este tono se hubieran prolongado las imaginaciones de la señorita Alejandrina, porque en cosas de amor es tan dulce soñar como conversar, si un ruido estrepitoso que se sintió en las antecámaras no la hubiera sacado de tan deliciosa somnolencia. Una voz querida resonó en su oído, y al punto se halló en los brazos de su padre, noble anciano que llevaba en la frente el sello de la bondad y del honor.

— ¡Padre mío!

— ¡Hija de mi alma!

Estos dulces nombres mezclados á dulces caricias fué todo lo que se oyó por espacio de algunos minutos. Alejandrina parecía que no había ni entrevisto á Hermann, que se mantenía á una respetable distancia, devorando con los ojos los besos que volaban de los sonrosados labios de la hija á los magníficos cabellos blancos del padre.

Para mantenernos en los límites de lo verdadero, debemos decir que no sabemos si la preciosa rubia no había adivinado la presencia de su gentil capitán, y si algunos de los besos prodigados al padre, no iban dirigidos al amante.

Calmados los primeros trasportes, el general, cuyo temperamento de hierro no se resentía de la fatiga, pero cuyo estómago reclamaba algo, iba á dirigirse al comedor, cuando se acordó de Hermann, olvidado al principio con la felicidad de la vuelta.

— Capitán, Vd. me hará compañía; venga Vd. Pero el capitán, fiel á los preceptos del amor, no tenía hambre, y rehusó.

— ¿Sabeis, hijas mías, dijo el general apoyándose familiarmente en el hombro del jóven, que le debo á la vida á este valiente?

— ¿Cómo así? exclamaron las dos mujeres. ¡Oh, cuéntenoslo Vd.?

— Otra vez; á él le honra, y á mí me alegra. Pero por ahora voy á comer, y puesto que Vd. rehusa, capitán, aguardeme Vd. en este salón. Hazle tú compañía, niña. Ven, hermana.

— ¿Pero, hermano mío, dijo en voz baja la buena Catalina con inquietud, ignoras?...

— Bueno, bueno, aun no necesito anteojos; lo comprendo todo; lo sé todo. Ven, ven, Catalina. ¿No recuerdas que después de una ausencia hay mucho que hablar?

Y el buen padre dejó solos á los dos jóvenes, que no se opusieron á esta bondad, aunque parecieron cortados, Hermann sobre todo.

En estos casos, las mujeres tienen un recurso de que carecen los hombres; recurso inapreciable que ha servido, sirve y continuará sirviendo de velo á más de un suspiro y á más de un delicado rubor: la aguja.

Alejandrina se apresuró á recurrir á ella al tiempo que invitaba á Hermann á sentarse, cosa que hizo este á la mayor distancia posible.

Esta sencillez produjo un poco de seguridad y mucha malicia en el rostro de la jóven.

— Estas flores son bonitas, ¿no es verdad, caballero Hermann? dijo ella después de una pausa, que el otro no hubiera interrumpido ni por un mundo, señalando su bordado.

— Maravillosas, señorita.  
— ¿Las ve Vd. desde ahí?  
— Perfectamente.

No era eso lo que deseaba la señorita Alejandrina.  
— ¡El ovillo se me cae! dijo ella.

Sin ser grosero, Hermann no podía prescindir de precipitarse á cogerlo. Así lo hizo, en efecto, se lo devolvió, y tuvo valor para no regresar á su rincón, y para permanecer en pie junto al bastidor, lo cual causó, según nos han dicho, ciertos cambios en los matiees de las flores, que nacían bajo los dedos de la bordadora.

A pesar de esta aproximación, el silencio persistió.

— En los tres meses que ha estado fuera de Viena el caballero Hermann, se aventuró decir la señorita Alejandrina, ¿no se habrá batido todos los días?

— Quince hemos pasado en Innsbruck.  
— ¿Dicen que las damas son allí hermosas?  
— Así se dice.

— ¿No las ha visto Vd.?

— No las he mirado.

— ¿Hasta ese punto le absorbía á Vd. la guerra? ¡El Emperador es muy feliz contando con tan buenos servidores!

— Yo no merezco ese elogio.

— Entiendo, ¿alguna misteriosa beldad ocupaba sus pensamientos de Vd.?

— Sí, ciertamente, eso es; así debe ser.

— No parece que está Vd. muy seguro de ello.

— ¡Dios mío! añadió mentalmente la joven, ¡qué molesto es hacer hablar á aquellos que uno querría oír! Mientras que...

— Chanzas aparte, caballero Hermann, repuso ella, y permita Vd. que le diga cuán feliz soy debiendo á Vd. la vida de mi padre.

— Lo que yo hice fué muy natural.

— Las mayores hazañas son naturales en almas grandes.

— Juzga Vd. esa acción con excesiva bondad.

— No puedo explicar á Vd. todo el reconocimiento que me inspira.

— Se lo agradezco á Vd. infinito, señorita.

Difícil era responder de una manera más simple, pero ya se sabe que los verdaderos enamorados son rara vez fecundos y elocuentes.

— Y bien, continuó la señorita Alejandrina con persistencia, estoy segura que no hay cosa ninguna en que no consienta mi padre para probárselo á Vd.

— Mi general no me debe nada, respondió el torpe.

— ¿Es decir que no hay recompensa digna de Vd.?

— No, es que yo no merezco ninguna.

— ¿No hay nada que Vd. desee?

— ¡Nada que yo desee! prorumpió él con explosión.

Esta vez, Alejandrina bajó los ojos imaginándose ya que iba á oír el dulce arrullo de una declaración amorosa. Pero Hermann se repuso inmediatamente, y dijo con mucha mesura:

— No hay cosa que yo deba desear. Pero temo ser importuno, y no quiero abusar de su indulgencia de Vd., señorita. Reciba Vd. mis más profundos respetos.

Y haciendo una profunda cortesía, se retiró.

Alejandrina lo siguió con los ojos abiertos, muda y desechada.

— ¡Villano salvaje! exclamó, rompiendo la aguja en los listones del bastidor; ¡orgulloso! Muy loca soy en quererlo.

— ¡Pues bien! no, añadió, levantándose y animándose; no, no soy loca; justamente así es como lo quiero. Él es pobre, y yo rica, y él se calla; si yo fuera también pobre, mucho tiempo hace que él habría... Sí, pero al fin, preciso es que esto concluya.

(Se continuará.)

## El trabajo y la pereza.

Paseábanse en Cambrey dos amigos cierta tarde á orillas del Escalda, por una magnífica alameda de árboles, que lleva el nombre del santo arzobispo, una de las glorias de la cátedra evangélica, pues la tradición nos dice que Fenelon era muy aficionado á dicho paseo. Uno de aquellos hombres parecía como de veinte años, y el otro, de más edad, revelaba en su fisonomía recientes desgracias: el crespon de su sombrero y su traje hacían presumir que el luto de este penetraba hasta su corazón. Hablaba despacio, y el joven le escuchaba con una atención que denotaba una confianza interesante.

De pronto interrumpió su plática un quejido lamentable, y un mendigo se les acercó implorando su caridad y pidiéndoles limosna. El más joven sacó una moneda del bolsillo, y la echó en el sombrero del pobre con viveza, para desembarazarse de su importunidad. Su compañero iba á imitarle, cuando fijando la vista en el mendigo, exclamó:

— ¡Cómo! ¿Eres tú, Blaireau?

El interpelado era un hombre todavía joven, de figura indele, pero cuyo rostro, aunque trabajado por la fatiga, expresaba inteligencia.

Pareció como que reconocía á la persona que le hablaba, y le contestó con embarazo, moviendo con una

mano su sombrero, y llevándose la otra á la frente, por la costumbre que tenía de saludar militarmente.

— ¡Ah! sí, capitán, yo soy.

— ¿Estás estropeado ó inválido para entregarte á la mendicidad?

— Salgo de un hospital militar, y me han dado la licencia por mi enfermiza constitución.

— Y á tu edad prefieres recorrer los caminos públicos, y vivir de la limosna que obtiene tu importunidad y que te arrojan con disgusto, á ganar honradamente la subsistencia por medio del trabajo. Cuidado, Blaireau, que sigues una ruta que conduce á la cárcel, tal vez á presidio, y tú no has nacido para eso, porque en el regimiento era notoria tu buena conducta.

— ¿Y qué queréis que haga, mi capitán? No sé ningún oficio: soy hijo de no sé quien, criado en un hospital; cuando salí de él no tuve más remedio que engancharme. Mientras permanecisteis en el regimiento, fuí feliz, porque me tomasteis por asistente, y me dispensabais de toda fatiga por mi mala salud; pero cuando murió vuestro hermano en aquel fatal desaffio y nos dejasteis...

Al llegar aquí el mendigo, inclinó el capitán la cabeza, y se desprendieron dos lágrimas de sus ojos.

— El que os relevó, prosiguió Blaireau, era duro y severo; el servicio se hizo insoportable para mí, y enfermé. Después de pasar muchos meses ya en un hospital, ya en otro, me declararon tísico, inútil para el servicio, y tuve que recibir la licencia. Cuando salí del hospital me hallaba sin recursos, sin asilo, y no sabiendo á donde dirigir mis pasos, no encontré otro medio que ahogarme ó mendigar. Esto último es lo que he hecho.

— Ya lo veo, ¡pardiez! y has obrado mal, porque debías haberte procurado una ocupación, que sin fatigarte, te hiciese vivir. Ya que eres inteligente, no emplees para perderte los bienes con que te ha dotado la Providencia. Toma veinte francos; si quieres puedes hacer mal uso de ellos, porque te es fácil engañarme; pero si eres juicioso te servirán para algo, y te ayudaré si me necesitas. Compra, por ejemplo, una canasta y un gancho, recoge los trapos viejos, y de este modo ganarás unos veinte sueldos diarios: también te fatigarás menos siguiendo mis consejos, que exponiéndote, como lo haces, á la intemperie de las estaciones. Si tienes buena conducta y emprendes el oficio que te he indicado, te daré lo necesario para que vayas á París, donde ese ramo del comercio es muy lucrativo. Adios, mi pobre Blaireau; he aquí las señas de mi casa; irás á verme, y con tal que yo halle en tí un hombre que inspire interés como en otro tiempo, y no un perezoso y un mendigo, como hoy, haré por tí todo lo que pueda.

Dichas estas palabras se alejaron los dos amigos, y Blaireau, haciendo los mejores propósitos de mudar de vida, fué á tomar un cuarto pobre y modesto, que le pareció delicioso. ¡Hacia tanto tiempo que no se había acostado en una cama!

Trascurrieron seis semanas. Cierta noche, al entrar el capitán en su casa, extrañó mucho encontrar delante de la puerta un hombre decentemente vestido. Acercóse á él, y el desconocido, después de hacerle un saludo militar, le dijo:

— Soy yo, mi capitán, y vengo á veros, ya que me lo habeis permitido; es algo tarde, ya lo sé, pero voy á marchar y he querido despedirme de vos y daros las gracias.

El capitán le miraba sorprendido.

— ¡Cómo! ¿No conocéis ya á Blaireau? Verdad es que desde que me encontrasteis en la alameda estoy algo cambiado: mi barba larga ha desaparecido; un traje limpio, ya lo veis, ha reemplazado á mis harapos, y llevo buenos y fuertes zapatos: poseo más aun, satisfacción y contento en el corazón, y dinero en el bolsillo, añadió sonriéndose y dando un golpecito en la escarcela que llevaba en la cintura.

— Sí, sí, te conozco perfectamente, y no me admira el cambio de tu persona, sino de tu posición, porque al fin nadie llega á millonario con el oficio de trapero; pero entra en mi habitación, y cuéntame tus proezas mercantiles.

Luego que ambos estuvieron sentados delante del fuego de la chimenea del salón, Blaireau empezó á referir de este modo lo que llamaba su historia:

— Es preciso confesarlo todo, ¿no es verdad, mi capitán? Pues bien: aquella pieza de oro que me disteis me inspiró al pronto ideas culpables, pues calculé las botellas de vino que podría beber. ¡Ah! Muy pronto nos hacemos los hombres viciosos cuando nos domina la pereza. Pero recordé vuestros consejos, lo bondadoso que fuisteis siempre conmigo en el regimiento, y he querido daros gusto, después de una lucha violenta entre los consejos de la prudencia y la dirección de mis malos instintos. En vez de ir á la taberna me metí en un cuartito, en el cual dormí como un rey. Al día siguiente estaba tan contento y orgulloso por la victoria que había conseguido sobre mí mismo, que no sosegué hasta hacerme con la canasta y el gancho de que me habíais hablado.

La casualidad quiso que me encontrase á una vendedora de ostras que me regaló una cesta; y el gancho me costó dos sueldos. Al momento empecé mi trabajo; al poco tiempo estaba mi cesta llena de trapos, por los cuales me dieron cinco sueldos: la llené por segunda, tercera y cuarta vez, de modo que el primer día se realizó vuestro pronóstico, pues gané veinte sueldos. Ya comprendéis mi satisfacción, y que desde entonces resolví seguir la senda que me habíais trazado. Determiné también economizar para vestirme, á fin de venir á

daros las gracias, porque me habeis salvado mil veces más que la vida.

De este modo proseguí por espacio de un mes. Una mañana que me ocupaba en rebuscar trapos viejos al lado de la casa de postas, encontré una cartera. La cojo, la abro.... contenía diez francos en billetes del Banco. Entonces, mi capitán, cubrió mis ojos una nube espesa, y se doblaron mis rodillas. Guardé la cartera, y me propuse huir; pero una voz resonó en mi conciencia... era la vuestra que me decía: ¡Ladron!... ¡Ladron!... la pereza conduce á presidio... Dios quiso por fin que yo saliese triunfante de aquella prueba: fuí á casa del comisario de policía y le entregué la cartera, retirándome satisfecho por haberme desembarazado de aquella suma, que me abrasaba el corazón y los dedos.

Al día siguiente encontré en la calle al comisario, quien me conoció al punto, y me preguntó:

— ¿No me entregaste ayer una cartera?

— Sí señor, le contesté.

— ¿Y porqué te marchaste sin decirme tu nombre?

— Estabais muy ocupado, y además me figuré que no necesitabais saber mi nombre, sino el del propietario de la cartera.

— Veo que tienes talento, repuso el comisario sonriéndose, y que eres un hombre honrado: véte á mi despacho dentro de una hora, y quedarás contento de mi proceder.

Satisfecho de aquellas palabras, fuí exacto á la cita, y encontré en casa del comisario á un caballero grueso, de buena cara, que se acercó á mí, y me dijo:

— ¿Con qué tú encontraste mi cartera?

— Sí señor, le respondí después de saludarle.

— ¿Y porqué no la guardaste? La suma no era mala para un pobre diablo como tú.

— Porque no me pertenecía, repliqué con enfado, porque aquella pregunta me ofendió en extremo. Hace un mes que renuncié á la ocupación de mendigar... y no lo hice para convertirme en ladron.

Mi respuesta agradó al caballero, quien me dirigió varias preguntas respecto á mi persona. Le conté mi historia, mi encuentro con vos, vuestros buenos consejos y la manera con que los he seguido. Él me escuchaba sin pestañear y mirándome fijamente, como si quisiese leer en el fondo de mi alma.

— Ahora bien, me dijo después que concluí mi relación; yo necesito un hombre de confianza: tú sabes leer y escribir, y así te recibo á mi servicio.

— Os doy las gracias, le contesté, pero más quiero ser trapero que criado.

— Es que no serás eriado, sino mozo de caja en mi casa de comercio. ¿Te acomoda?

— Con mucho gusto.

— ¿Te crees con fuerza para desempeñar ese cargo?

— He sido cabo, y muchas veces reemplazaba al sargento. En cuanto á lo demás, si dudais de mí, informaos de mi capitán.

— No te haré esa injuria, y me fio de tu palabra. Ahí tienes cien francos, deja tu cesta y tu gancho, que el señor comisario entregará al primer mendigo que imite tu noble ejemplo. Compra ropa, despídete de ese buen oficial, cuyos sabios consejos te han abierto el camino de la probidad y del trabajo, y vuelve á encontrarme para que tomemos el camino de París, á donde me dirija cuando la pérdida de la cartera me ha obligado á detenerme aquí desde ayer.

— He obedecido estas órdenes con gusto, como podéis presumirlo, mi capitán, y aquí me teneis dispuesto á emprender un viaje.

El capitán estrechó afectuosamente las manos de Blaireau, cuyos ojos se llenaron de lágrimas al exclamar:

— Nunca, nunca olvidaré lo que habeis hecho por mí; nunca saldrá de mi corazón el recuerdo de vuestras bondades, porque vos me salvasteis del abismo en que iba á precipitarme. Vivid seguro, capitán, que Juan Blaireau se portará siempre con honor, y que si alguna vez le acomete un mal pensamiento, bastará vuestro recuerdo para impedirle que sucumba.

M. V.

## El Serrallo.

Muchos están en la creencia de que el lugar llamado serrallo, en Constantinopla, es una habitación, un palacio enteramente dorado, lleno de mujeres y de eunucos á disposición del Sultán. El serrallo imperial ó sea lo que llaman Serrallo-Burnu (punta del Serrallo) es un vasto local triangular, rodeado de murallas con sus correspondientes almenas y colocado en un ángulo del mar Mármara, en frente del Bósforo. En este local inmenso, habitado por muchas gentes de todas clases y condiciones, hay una multitud de jardines, de azoteas, de cuarteles, y en fin de dependencias de todas especies, pobladas de criados, guardias, mujeres y pajes pertenecientes al servicio del Sultán.

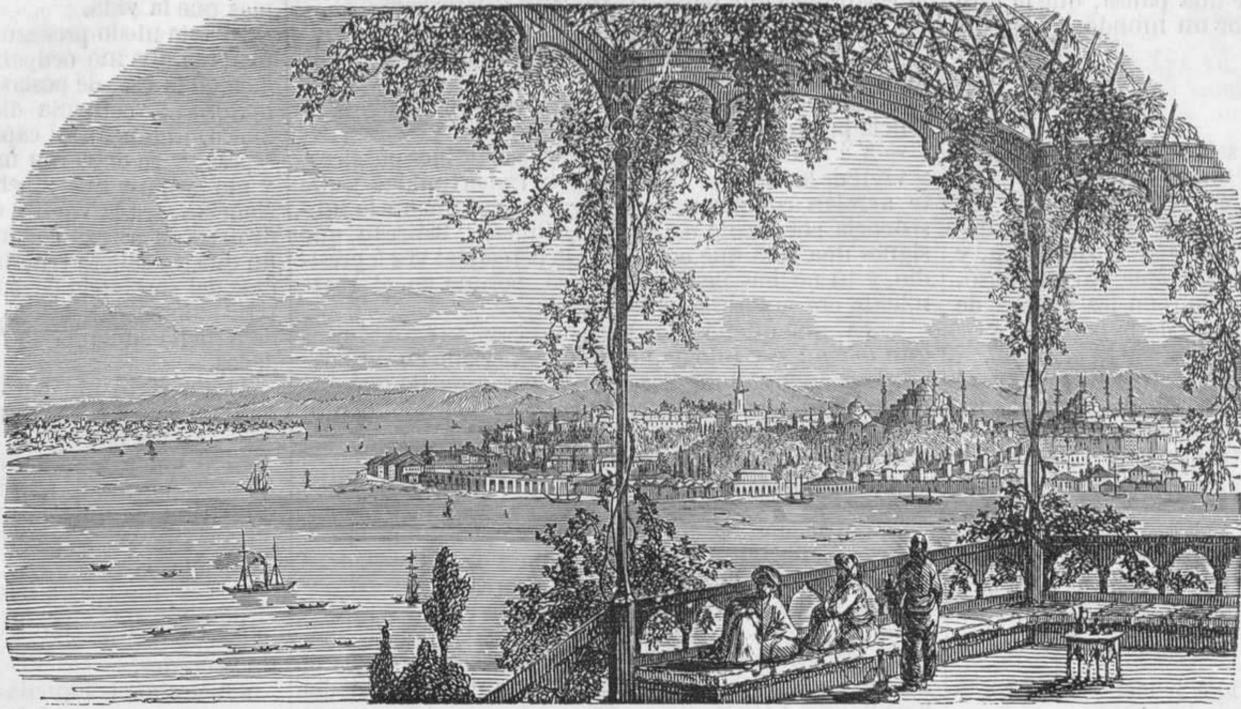
Así, el serrallo de Stambul no es lo que se llama un palacio, como el Kremlin de Moscú no es una fortaleza; son posesiones cada una de las cuales equivale á una pequeña ciudad. Aquí, por ejemplo, está la casa de Moneda, allá los palacios de los beyes y bajás, en otro lado los cuarteles, luego los cuartos de los pajes, más lejos los de los jardineros, y en fin en el sitio más retirado el harem ó habitación de las mujeres. Pero procedamos

por orden para dar á nuestros lectores una idea aproximada del lugar que vamos describiendo.

El terreno elegido ofrecia dificultades topográficas, y así el vencedor de Constantino hizo levantar una nueva habitacion mas segura en lo alto del promontorio que bañan las olas del Bósforo y de la Propóntide. El antiguo Serrallo se convirtió entónces en habitacion de las sultanas viudas y de las kadinis repudiadas. (Kadina quiere decir mujer del Sultan que no ha tenido hijos varones). Ahora sirve de palacio al Serasker, general en jefe de los ejércitos.

El nuevo Serrallo ha sido despues el palacio de los sultanes que no habian apreciado mas las ventajas de su posicion militar que los encantos de su situacion pintoresca.

Al lado del mar y del puerto, el Serrallo está cercado por la continuacion de la muralla fortificada y flanqueada de torres que rodea la ciudad. A los otros dos lados tiene por límite otra muralla parecida á la anterior, que sube hasta Santa



Constantinopla. — La punta del Serrallo.

mas allá de esta línea hast el reinado de Teodosio el jóven, que la ciudad de Constantinopla tomó sobre poco mas ó ménos el ensanche que hoy conserva.

Ocho puertas principales sirven de entrada al Serrallo, cinco por la parte del mar y tres por la de la ciudad. La primera de estas á la entrada del puerto conduce directamente por la línea mas corta á Santa Sofía, atravesando los jardines del Serrallo, y es el camino que siguen los que allí tienen libre acceso sea como turcos ó como autoridades. Llégase á ella desembarcando en Yali-Kiosk, que es uno de los puntos mas elegantes del Serrallo.

Todas las puertas gozan una triste celebridad por las escenas trágicas que han tenido lugar en ellas. Las numerosas victimas de la política otomana y entre otras las mujeres de Selim III que tomaron parte en la conspiracion que hizo perder el trono á este monarca, pasaron por aquellos lúgubres conductos para ser arrojadas en el Bósforo encerradas en sacos. La puerta im-

Sofía y baja luego al mar, valuándose su longitud en mas de cuatro mil metros. La antigua Bizancio no iba

saron por aquellos lúgubres conductos para ser arrojadas en el Bósforo encerradas en sacos. La puerta im-



Constantinopla. — Murallas del Serrallo.



Constantinopla. — Fuente del Serrallo.

perial Babi-Humayun ha sido testigo de dramas no ménos sangrientos. A la derecha de esta puerta de un aspecto imponente están los nichos dónde se depositaban ántes las cabezas de los condenados á muerte, y allí se amontonaron hasta la cima las cabezas de soldados muertos en 1825 cuando el sultan Mahamud destruyó el cuerpo á que pertenecian.

Esta magnífica entrada da á la plaza de Santa Sofía, en frente de una preciosa fuente de mármol y porcelana que es una de sus principales bellezas. A la izquierda está la antigua iglesia de Santa Irene construída por el gran Constantino, la cual ha venido á servir de museo ó armería en lugar de convertirse en mezquita como los demás templos antiguos. Allí se ven las llaves de oro y plata pertenecientes á las mas célebres ciudades conquistadas por los turcos. Y en frente se encuentran las caballerizas imperiales, cuidadas por una multitud de palafreneros.

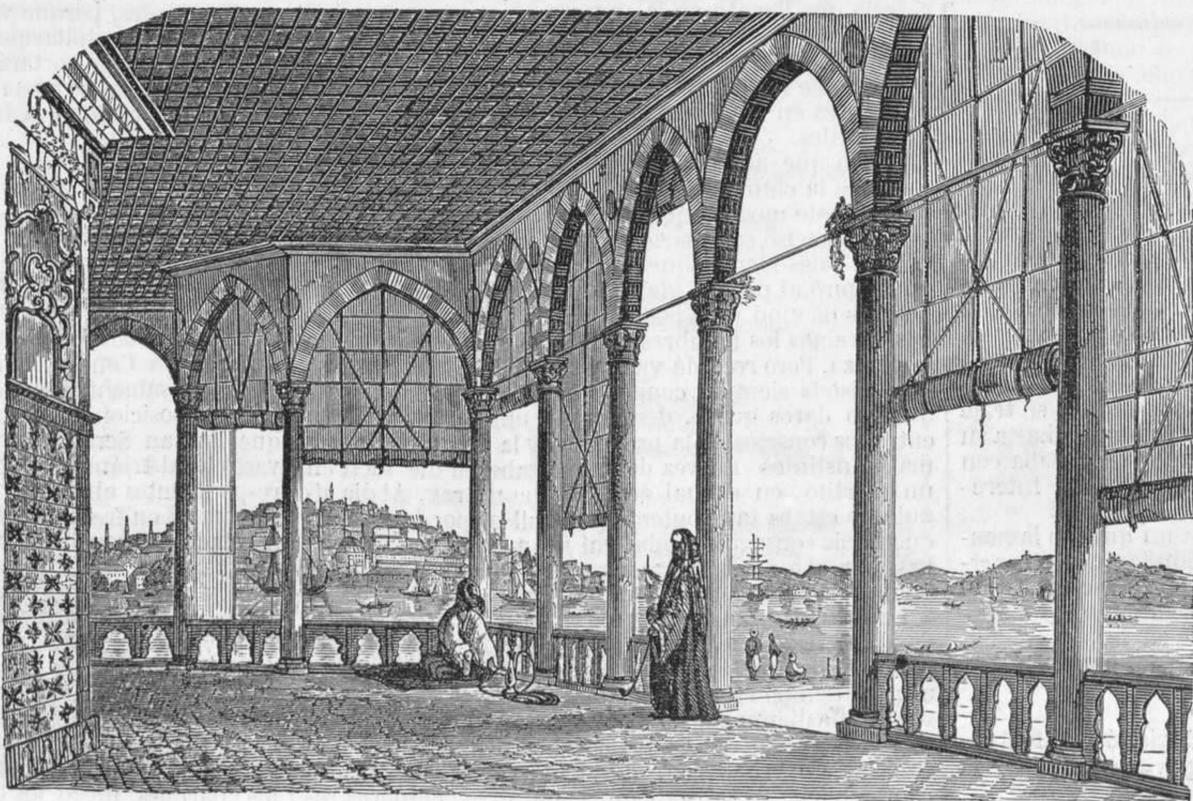
La casa de moneda, que no ofrece ninguna circunstancia interesante, está al lado de Santa Irene; véese en frente la enfermería, luego las habitaciones del gran

tesorero y del cajero de la Hacienda, y despues los cuarteles de la guardia imperial.

Al pié de un inmenso plátano de casi doce metros de circunferencia, se encuentra un colosal almirez que servia ántes para machacar el cuerpo del jefe de los ulemas cuando era condenado á muerte. Ejecucion bárbara que se inventó para eludir la ley segun la cual el que obtenia dicho cargo no podia sufrir un suplicio militar.

Despues de haber pasado la puerta llamada de las saluciones, se encuentra una galería cubierta por un techo inmenso, pintado, dorado, y adornado de esculturas: las paredes están guarnecidas con mármoles y porcelanas de Persia, y de las vigas del techo penden colas de caballos y huevos de avestruz, lo que no deja de ofrecer un singular contraste. Debo decir que en esta galería abundan los mármoles y pinturas, pero que su conjunto apenas ofrece carácter alguno oriental.

Dicha galería conduce á Cutbey-Hatné ó sala del consejo, en la cual tiene el visir su asiento en frente á la puerta de entrada: á sus lados se colocan el capitán-bajá, gran almirante, los jueces del ejército y el maestro de ceremonias. El reis-effendi, ministro de negocios



Constantinopla. — Yali-Kiosk imperial.

extranjeros, se queda en un gabinete vecino á donde el gran visir le comunica sus órdenes. El Sultan asiste algunas veces á las deliberaciones del divan, situándose detrás de una ventanita enrejada colocada sobre el asiento del visir, de tal modo, que puede sin ser visto tomar parte en el consejo.

Casi en frente tambien de la puerta de las salutaciones se halla el pequeño edificio donde está la sala del trono. Este edificio es cuadrado, y está rodeado de un pórtico de mármol en el cual se coloca el Sultan el día de la gran ceremonia del *bairam*, término del *ramazan*, y en cierto modo la Pascua de los turcos. La ceremonia empieza á la salida del sol; á las siete los *hurras* anuncian la llegada del Sultan, que llega á caballo, distinguiéndose por la riqueza de sus diamantes, de los ministros y bajás que le acompañan. Marcha muy despacio, seguido de sus dignatarios, á hacer oración en la mosquée, y vuelve luego al Serrallo á tomar asiento en el trono para la ceremonia de besar los piés. Pronto los gritos once veces repetidos de « ¡que Dios le conceda larga vida! » anuncian que la tropa va á empezar á desfilar. A la derecha del Sultan está en pié el primer ministro, que da á besar la santa reliquia llamada cinturón de Mahoma, y despues cada dignatario segun su rango se prosterna para besar el pié del Sultan. El jefe de los sacerdotes llega el último, y en el momento en que se arrodilla para besar al pié, se lo impide el Sultan levantándose. Esta ceremonia tiene lugar en medio de un gran ruido de músicas y salvas de artillería.

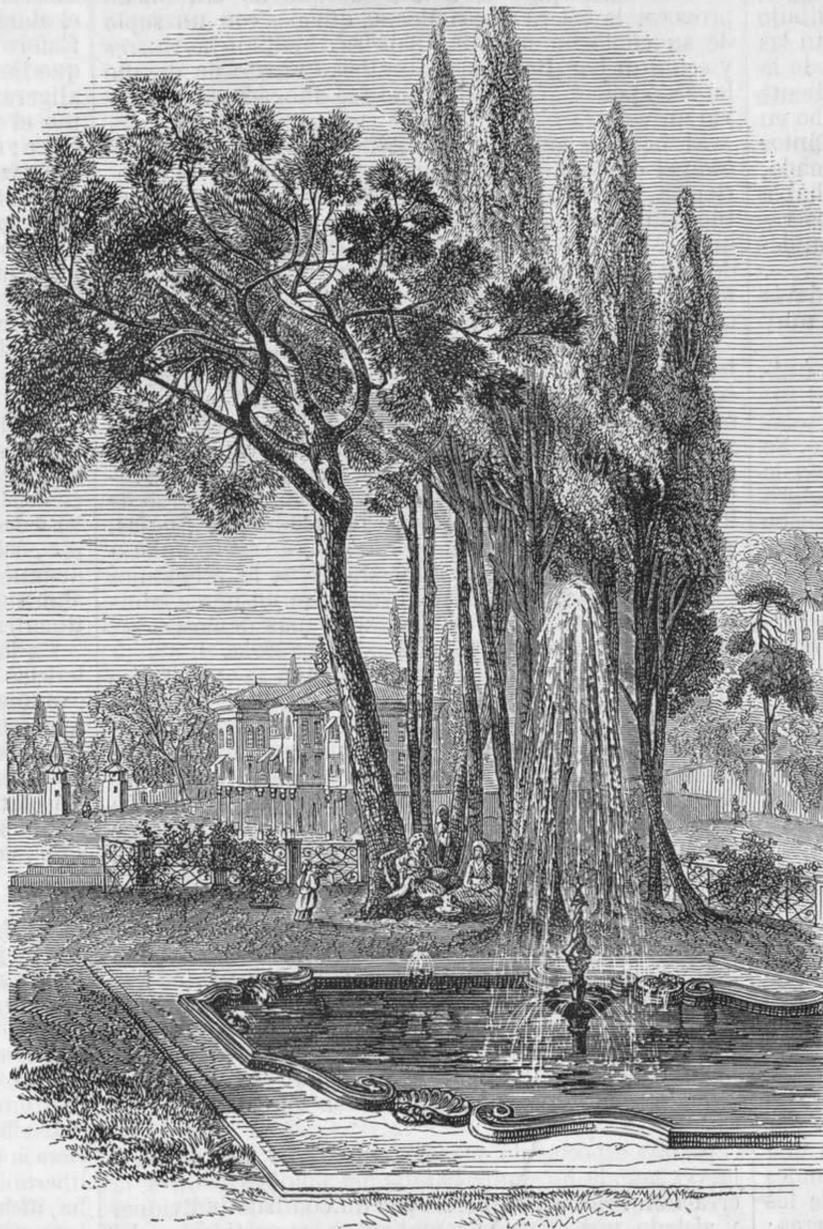
Penetremos ahora en la sala del Trono por la *Puerta de la Felicidad*. Esta pieza, donde el Sultan recibia á los embajadores, es pequeña, abovedada y oscura, pues la luz entra en ella á través de los vidrios de colores, pero tiene mucho gusto, pues es toda de mármol pintado de oro y azul. Se ve desde luego el trono, especie de poyo de plata sobredorada con cuatro columnatas incrustadas de piedras preciosas. A los cuatro ángulos del trono están adheridas cuatro esferas de oro de las cuales penden colas de caballos como emblemas del poder en los campos. Estas colas sirven de estandartes al ejército turco, y cuando el Sultan marcha á la cabeza de las tropas, su presencia se indica por medio de seis de dichas colas. Los grandes bajás tienen el derecho de hacerse preceder de tres colas, y los dignatarios de segundo orden solamente de dos, de donde viene el título de Bajá de dos ó de tres colas.

Al lado del trono que parece marcar una época de decadencia, se halla un verdadero objeto de arte, y es la chimenea cuyos pilares, formando tubo como en la edad media, son de plata esculpida en relieve, y ofreciendo arabescos tan notables por su elegancia como por su pureza.

Dejando esta sala, se pasa por debajo de dos pórticos de mármol, de poca elevacion, colocados á manera de arcos de triunfo deliciosamente esculpidos. Hay luego un patio por donde se entra á la biblioteca, que es bastante pobre, y dentro de la cual se asegura existen manuscritos de la mas alta importancia, así como tambien el árbol genealógico y fac-simil de todos los Sultanes. Cada Sultan se compone una firma que contiene siempre la misma fórmula, aunque no la misma forma, pues esto varia segun las letras que entran en la composición del nombre. Procuran hacer un dibujo original, misterioso é incomprensible para la muchedumbre, y que solo alcanzan á descifrar



Constantinopla. — Puerta de las salutaciones.



Constantinopla. — Surtidor de las Rosas en el Serrallo.



Constantinopla. — Arabas ó carruaje del Serrallo.

los calígrafos de profesion. He aquí el *thugra* (firma) de Abdul-Medjid, sultan actual, que se encuentra en toda moneda y firmas del Serrallo: « Abdul-Medjid-Kan, hijo de Mahomed-Kan, siempre victorioso. »

En dicho patio está tambien el palacio que habitaba ántes el Sultan, y el que á la vez servia de prision á sus hijos cuando estaba en vigor la costumbre de enclaustrar á los herederos del trono. Allí, ¡cosa rara! habia unas jaulas como las que en Europa se construyen para las fieras, y en ellas permanecian los principes hasta que venia el anuncio oficial de que habiendo muerto el emperador, iba á elegirse un Sultan de entre los prisioneros.

Tambien se halla en esta parte del Serrallo el *harem*, habitacion de las odaliscas, mujeres del Sultan, y de las jóvenes esclavas. ¡Cuántos misterios, cuántas intrigas y cuántos crímenes habrán tenido lugar en aquel recinto cuyos misterios son insondables!

No se crea que todas estas construcciones están hechas con simetría; al contrario, parece que la casualidad ha levantado aquellos edificios, y sin embargo, nada hay en su conjunto que no sea agradable y pintoresco.

Volvamos ahora un poco la vista atrás, y hallaremos la habitacion de los eunuocos negros, la de los guardianes del harem, y en seguida los baños de Selim II con sus treinta y dos alcobas de mármol, el oratorio á donde el soberano iba todos los días á rogar á Dios, y el tesoro imperial destinado no solo á contener las riquezas del Sultan, sino otros objetos preciosos, tales como el traje de Mahoma, estandarte sagrado del imperio, su sable, su cinturón, y otras reliquias procedentes de la raza otomana. Este es un lugar sagrado á donde por ningun empeño del mundo se consentiria la entrada á un infiel.

Saliendo de este sitio, se baja á los jardines en direccion en que está la columna de mármol de Teodosio rodeada de magníficos naranjos y otros árboles frutales, así como tambien de fuentes que forman los juegos de aguas mas caprichosos, y se pasa luego al Serrallo Burnu, cerca del mar, que es la residencia de invierno del sultan Abdul-Medjid. Esta habitacion es rica y elegante, pero como se construyó hace treinta ó cuarenta años, se resiente del gusto de la época, y no ofrece nada de ese estilo oriental de que tan buenas muestras abundan en las orillas del Bósforo, habiendo resistido al tiempo, á las revoluciones y á los incendios.

Lo primero que se ve en esta habitacion de invierno es una sala que tiene un armario en el cual se hallan los objetos que cada Sultan debe segun costumbre depositar al tiempo de su elevacion, y consisten en sables y otras armas guarnecidas de piedras preciosas.

No describirémos la serie de piezas que es preciso atravesar, las cuales se parecen

á las de un opulento parisiense en tiempo de Luis XV, por no decir que recuerdan las *Mil y una Noches*. Pero lo que tienen de inimitable es la mas bella y risueña posicion del mundo, sobre las poéticas ondas del Bósforo, y en frente de esas montañas que la imaginacion del Asia antigua habia poblado de dioses.

Hemos dicho que los edificios que el Serrallo contiene parecen levantados por la casualidad, y lo mismo puede decirse de los jardines que el viajero sigue con la vista al entrar en el puerto de Constantinopla. Allí no hay calles de árboles ni

plan alguno que indique otra intencion que la de disfrutar sombra; pero los árboles son tan hermosos, las azoteas sobre el mar, las montañas del Olimpo y los arrabales de Scutari componen tan deliciosos paisajes! ¡Qué naturaleza tan sublime! ¡Qué vegetacion! Allí es donde con mas frecuencia se ven esos carruajes del Serrallo cuya forma elegante solo se conserva hoy en ciertas ciudades lejanas del Asia Menor, y allí tambien es donde el jóven sultan Abdul-Medjid en el mes de julio de 1839, por la voz de su primer ministro Reschid-Bajá, leyó en presencia del cuerpo diplomático y del pueblo convocado al efecto el *Katisheriff*, ó carta santa imperial, en virtud de la cual hacia grandes reformas, destruía antiguos abusos, y reorganizaba el ejército.

Se asegura que debajo de este terreno existen inmensas galerías subterráneas que llegan hasta la puerta de Andrinópolis, es decir al otro lado de Stambul. Refiérense maravillosas historias acerca de estas galerías; pero es cierto que no hay país donde las creencias populares no hayan introducido leyendas análogas.

Puede asegurarse que Constantinopla debe principalmente su aspecto pintoresco á los jardines del Serrallo. Su situacion admirable y la gala y riqueza de su vegetacion forman el cuadro mas interesante de la ciudad, aunque todo va en decadencia, pues se dice que hace poco mas de cien años, cuando el sultan Ahmed III construyó la preciosa mosquée de seis minaretes en la plaza de At-Midan y la fuente del Serrallo, cuyo dibujo verán nuestros lectores, estos jardines recordaban las maravillas de Babilonia. Este Sultan artista, en toda la aceptacion de la palabra, hubiera sido digno descendiente de Soliman el Magnífico, bajo cuyo reinado hubo en Turquía un verdadero renacimiento de las artes. Pintor á la vez que poeta, arquitecto y músico, apasionado, además, de las flores que él mismo cultivaba, habia hecho una campiña encantada de flores y arbustos raros en aquel lugar donde las iras populares no han dejado mas que árboles.

Los antiguos jardineros del Serrallo cuentan todavia cosas maravillosas de aquel paraíso, y costaria muy poco devolverle su antiguo esplendor.

En medio de estos jardines puede decirse que es únicamente donde no hay que temer los estragos del incendio, porque si hoy no se ve Constantinopla desolada por la peste, apenas llega á verse libre del fuego. No pasa un dia sin que el bektchi (pregonero) armado de su gran baston chapeado de hierro con el cual golpea en el pedrado, haga resonar en el silencio de la noche este grito terrible: ¡Yanghen-var! que equivale á ¡fuego! ¡fuego!

¡Qué lástima dá no ver elevarse sobre ese mágico terreno un magnífico palacio oriental cuya cúpula brillante coronaria las cúpulas de verdura de todo el horizonte! Esperamos que vendrá para ese país un dia de calma y de prosperidad en que el dinero gastado con profusion en obras de mal gusto, será empleado por un sultan amante de las artes en construir un palacio digno de la belleza de aquel cielo, de aquella tierra y de aquella ciudad, de que formará el mas precioso ornamento.

J. M. V.

### Las maravillas de la ciencia.

El hombre llega á la tierra débil y desnudo, sin tener mas armas que su inteligencia para luchar contra la creacion. Si quedase entregado exclusivamente á sus fuerzas corporales, el rey de la naturaleza haria una figura risible, comparado con los formidables animales que lo rodean, y apareceria el mas desheredado de los seres del globo. El leon tiene sus dientes y sus garras; el elefante sus colmillos, el caballo sus ligeras y flexibles piernas. Pero el hombre no se compone solo de la grosera arcilla con que fué amasado por las manos de Dios; en su frente lleva el signo brillante de una inteligencia superior, el sello sagrado de una mision divina. Así, desde la cuna al sepulcro se halla su vida en continua lucha penosa siempre, victoriosa algunas veces; lucha incansante, encarnizada, diaria, de los brazos que trabajan y del cerebro que discurre.

Cada hombre, por muy profundamente sumido que se halle en la materia, lleva en sí el diseño de una existencia anterior y de un ideal supremo, como el recuerdo de un Edem lejano, desde el dia en que Adán tuvo que dejar el Paraíso terrenal, herido en las espaldas por la vara del arcángel vengador. Desde este dia comienza una laboriosa esciacion; pero al mismo tiempo una aspiracion insaciable, la inextinguible sed de la bienaventuranza perdida.

A cualquier lado que se dirija, hácia Jehovah ó Júpiter, cree no percibir mas que dioses exterminadores y celosos terribles, grandiosos, sentados impasibles lejos de las miradas humanas, sobre troncos de nubes, con la mano crispada sobre los rayos en sañudas actitudes de amenaza. El cielo penetra en el infierno, el Olimpo corresponde con el Averno. Adán, arrojado del Paraíso, se encuentra en el camino con Prometeo encadenado.

La historia de la humanidad, dice, no es mas que un sombrío martirologio, escrito con lágrimas y sangre, un balance de trabajos y sufrimientos penosamente cumplidos. Un prolongado gemido, suspiros y quejas

atravesarán el mundo y se elevan como las tinieblas de una noche de matanza.

La impotencia del hombre fué el origen de su rebeldía; la esperanza del rescate le infundió audacia y orgullo. No pudiendo enternecer á un dios feroz, intentó escalar el cielo. Esta necesidad de libertarse de las miserias opresoras, el secreto deseo de alcanzar una felicidad soñada que desaparecia sin cesar, ha sido el objeto constante de sus esfuerzos.

El orgullo no contenido se revela en la criatura desarmada y le alza hasta el Empíreo. Con sus débiles manos, el hombre forjó armas, pidió á la naturaleza misma que le suministrase instrumentos de venganzas, útiles de destruccion, no contra su semejante al principio, sino contra una divinidad ciega, implacable y enemiga. Ahondó el suelo para sacar el hierro que aguzó á fin de convertir las ramas de los árboles en lanzas y benablos, guarneciendo las flechas con las plumas de los pajaros; y como Nemrod, el cazador fuerte, lanzó contra el cielo esas flechas imponentes.

De aquí provino la guerra insensata de los gigantes contra los dioses de Olimpo, y el fabuloso asalto que quisieron dar al cielo, para el cual construyeron la torre llamada de Babel. Pero en todas partes la lucha es desigual, pueril, quimérica, y lo que es peor, sin objeto. La humanidad es rechazada, trastornada, castigada y forzada de nuevo á cumplir su duro destino.

Convencióse pues el hombre de que no era bueno provocar la cólera de los dioses, quienes con un soplo de su enojo hundian las Babeles, abatian las torres y echaban por tierra las murallas. El grito de desafío lanzado por el género humano fué ahogado en el diluvio universal.

El hombre comprendió entónces que habia equivocado el camino, y se enmendó; ilustrado por la experiencia, vió que no estaba destinado á luchar contra Dios, sino contra la creacion, y que no pudiendo conquistar el cielo, debia arreglarse con la tierra y sacar de ella todo el partido posible. Hacer habitable á su planeta, no es ya bosquejar el paraíso, sino lograr una conquista del ideal.

Los primeros grandes hombres fueron naturalmente los héroes que se hallaban revestidos de una fuerza superior, como los atletas sobrehumanos Hércules y Teseo, los cuales han llevado la gloria de haber desembarazado de monstruos la superficie de la tierra, que fué el gran trabajo de las primeras generaciones. Hercules resume y precisa un esfuerzo considerable, el esfuerzo de los tiempos heroicos limpiando las cuadras de Augias, y no sin razon ocupa un glorioso puesto en la galeria de los bienhechores humanos. Nosotros le aceptamos como auténtico, y no como leyenda de un héroe fabuloso; su existencia nos parece tanto mas demostrada, cuanto que probablemente ha sido necesaria.

A medida que la inteligencia humana se engrandece al rededor del hombre, la creacion se depura y se regulariza; la horrible propagacion de los monstruos retrocede hácia la nada; las larvas informes desaparecen como una reunion de vapores disipada al primer rayo del sol. La humanidad rejuvenecida y tranquilizada respira con entera libertad un aire mas puro, y puede sin turbarse proseguir su obra de regeneracion.

La naturaleza no se ha sometido al primer esfuerzo, ni sin haber ántes opuesto largas y obstinadas resistencias; entregóse poco á poco y paso á paso. Para domar sus fuerzas y asimilarse sus recursos, ha necesitado el hombre la inteligencia que descubre y la voluntad que no se desanima. Con la llave de la ciencia fué abriendo uno á uno los secretos de la naturaleza, y la creacion fué el taller en que, trabajador perseverante, no suspende nunca la infatigable labor que comenzó hace 6,000 años, sin haber hecho alto una sola vez para descansar.

No hay espectáculo mas formidable ni mas tierno á la vez que la incansante batalla del hombre, contra la creacion. Primero comienza por un combate individual y aislado, una atrevida tentativa de los partidarios del genio; pero el esfuerzo local queda restringido á algun Prometeo desconocido. Despues de indicado el movimiento, las masas le siguen, las asociaciones se forman, y el asalto á la materia se da con union, regularidad y estrategia, los obstáculos desaparecen, los velos se rasgan, los misterios se hacen visibles, y lo desconocido se despeja.

Es necesario ahuyentar el hambre, el frio, la fatiga, las enfermedades, rechazar las miserias abrumadoras, proveer á las necesidades imperiosas de cada dia, de cada hora. El hombre comenzó á defenderse contra la creacion, porque la necesidad apremiaba y la naturaleza le suministró sus modelos. El despojo de los animales le vistió, sus carnes ensangrentadas le alimentaron como los frutos de los árboles y las recolecciones de los granos sembrados por el viento pródigo. ¿No es la tierra una espléndida despensa, siempre surtida, donde se sacia la humanidad hambrienta? El trigo satisface su apetito, la fuente apaga su sed.

Cansado de la vida vagabunda, el pueblo nómada entra con sus rebaños en la ciudad; las murallas le protegen contra la intemperie, las chozas quedan abandonadas y el pastor se convierte en operario; el ciudadano, guarecido bajo su techo, se rie de la estacion inelmente y de los animales carniceros. Los esfuerzos son largos, vagos, llenos de incertidumbres y defecciones, de caídas y errores. La ciencia se elabora confusamente y en secreto; el hombre vacila al ver puesta en práctica la alquimia tenebrosa de la creacion. Mientras se agita en la superficie, le parece escuchar seres infernales, los cabiros y los telchines, los gnomos y los ko-

bolds, que ejecutan en la noche perenne de los subterráneos obras espantables y misteriosas; se le figura que, conmovido en sus íntimas profundidades, el suelo se estremece bajo sus plantas, y pone atento el oido al fragor de los martillos de los ciclopes. El firmamento le ciega, la tierra le hace temblar, porque el aliento inflamado de Vulcano se exhala en horribles suspiros por los cráteres volcánicos, por las grandes fauces abiertas de las montañas, por las hendiduras de las rocas.

Aun no tiene de la ciencia mas que la idea abstracta, mal definida, difusa, en estado de embrion; solo la experiencia le alumbrará en medio de esos misterios y le guiará entre esos laberintos. ¡Ved con qué nombres tan bárbaros, casi salvajes, se designa la ciencia; qué vocabulario de denominaciones terribles! La magia, la astrología, la alquimia, la taumaturgia. Sin embargo, la idea relegada por las filosofías y por las falsas religiones toma una forma perceptible: se deduce, se analiza y se completa; la observacion separa lo falso de lo verdadero, secciona, mezcla, compara la teoría, coordina los hechos de la práctica, los combina, y saca las consecuencias. Así, con el estudio, con el tiempo, con la paciencia, con la investigacion perseverante, la astrología se convierte en astronomía, la alquimia en química, la taumaturgia en física.

Tómase razon de cada arcano descubierto; la ciencia filosofal, continuada con ardor, da origen á la química; el alambique, consultado sobre el diamante, produce el fósforo y la pólvora. Ninguna operacion es difícil, porque lleva consigo un perfeccionamiento que tiende á aligerar la carga del hombre y á disminuirle por último el trabajo. Todo descubrimiento consuela y ennoblesce; el progreso no es otra cosa que la supresion de la fatiga, un espacio mayor de sosiego y de bienestar concedido al hombre. El tronco del árbol, rudimento grosero de los bajeles, sustituye á la natacion como el caballo á la locomocion pedestre. Se podria escribir la historia del mundo por los detalles familiares de la vida íntima de los pueblos: el esclavo que pulveriza el grano corresponde á la muela; el siervo, ménos oprimido, al molino; la edad media es mas instruida, y por lo mismo mas tierna que la antigüedad.

Muy pronto la miseria humana tocará su fin, merced al prodigioso desarrollo de la industria, al concurso de todas las actividades, á la destruccion de todos los obstáculos. Brilla para nosotros la aurora de una civilizacion perfecta; la antigua degradacion que nos humilla va á desaparecer. Al presente tenemos una vida múltiple, colectiva, social: hemos acertado el tiempo y la distancia; el globo, tan extenso en otro tiempo, es ahora mas reducido; aplánanse las montañas, los continentes se aproximan, los mares se disminuyen.

En los tiempos antiguos no vemos mas que las existencias superiores, excepcionales de los reyes, de los conquistadores, de los sátrapas, de las cortesanas. Porque estos personajes pueden moverse, agitando en torno suyo sus ejércitos de soldados esclavos, sus legiones de servidores y clientes, siempre espionando un gesto, un mandato, un deseo. ¿Quién puede calcular los miles de brazos extendidos y espaldas encorvadas que han sido necesarios para un Sardanápalo, un Alejandro, un Neron, y cuántas lágrimas de las muchedumbres y cuánta sangre de las generaciones han sido precisas para edificar tantas grandezas? Las sociedades, construidas á ejemplo de las Pirámides, tienen su cúspide en el éter y su base en las tinieblas.

La antigüedad, dura consigo misma, quizá no se enterneció mas que una sola vez; cuando Jerjes lloró al espectáculo del ejército que conducia contra Grecia; ¡llanto divino, caído de los ojos de un bárbaro, y que el Cristianismo no ha enjugado todavía!

Las lentas trasformaciones y los útiles socorros de la ciencia han creado al hombre la verdadera vida, la de la libertad. El individualismo, tan desproporcionado poco ha, aislado, arrogante, se aleja para dejar su puesto á las masas regeneradas. A cada esfuerzo, como una sangre jóven y vivaz, la vida, mas compacta y dilatada, afluye en las venas dolorosas de la humanidad.

La guerra, que es el estado natural de una civilizacion incompleta, no presenta otra faz al presente, si bien va haciéndose impracticable: ya no será un general, sino un químico el que de hoy mas ganará las batallas; Arquimedes, provisto de su espejo, destruirá la flota enemiga. El genio de la destruccion se halla de tal suerte perfeccionado, auxiliado por tan poderosos agentes, por tan terribles motores, que el mismo Napoleon no podria entrar en línea.

¿No veis cómo la ciencia transforma el mundo, y cuán magnífica es la aurora que presenciamos? Ninguna varita de nigromante podria evocar maravillas semejantes á las que la industria nos prepara, cuando se piensa de qué pequeños principios nacen los prodigiosos resultados que por todas partes vemos y tocamos sin admirarlos.

El instinto de una locomocion rápida señala el caballo; pero el caballero fatigado busca descanso en el carruaje. Mas no basta eso todavía: la velocidad engendra velocidad; el wagon huyendo á todo vapor sobre los rails, deja muy detrás de sí la diligencia que rueda sobre la carretera. El famoso dicho de Luis XIV, «ya no hay Pirineos,» aplicado á la industria, no es la fanfarronada de un gran corazón, sino el justo sentimiento de la verdadera realidad.

El pensamiento comprimido, reducido, incierto, cuchicheado de oído á oído, adquiere al fin un vuelo extenso; no es ya la comunicacion de boca á boca, del hombre al hombre la transmision limitada de una

idea; ha tenido por primer intérprete la palabra; pero la voz no es más que el vehículo insuficiente del sonido del orador que se dirige á la multitud, del filósofo que instruye en el aula, del sacerdote que ilustra á los fieles reunidos. El pensamiento, mas veloz, mas ligero, ha tomado la altura cursiva de la escritura; encárnase sobre el papiro, se ostenta y se fija en manuscritos, en pergaminos, en hojas volantes; haciéndose visible, habla á los ojos. La palabra sagrada, desprendida del movimiento de los labios, se transforma y se trasmite de mano en mano; la elocuencia se dilata como los ecos, bajo el estilo de los copiantes y la pluma de los benedictinos. El hombre arranca esta gran conquista á la naturaleza para no perecer del todo; para dejar un rastro en pos de sí no solamente de sus hechos, sino tambien de sus menores palabras, de sus mas fugitivos pensamientos. La personalidad humana, la identidad individual, no contentas con atravesar el tiempo y la distancia, salvan la tumba misma y atraviesan el eterno y glacial olvido del Leteo. El insensible papel ha recibido las confidencias del hombre, las expansiones de su cerebro, los secretos de su corazón; y á su vez se conmueve, se anima, palpita y toma vida como si tuviera conciencia de su misión. El papel será la fuente á donde vendrán á reposar las almas ansiosas de saber; dará testimonio del abuelo á sus nietos, y hará que las generaciones se reúnan y comuniquen en las agapas de la escritura. Mas hé aquí que un profeta mas osado, mas fuerte, mas universal, Gutemberg, descubre la imprenta en el mismo siglo en que el genovés Cristóbal Colon encuentra un mundo á la otra banda del inmensurable Océano.

El plomo, sometido, sojuzgado, se torna en vasallo nuestro y obedece á su señor con sumisa pasividad. Fundidos los caracteres, reunidos, combinados, adquieren la categoría de letras y constituyen el alfabeto. El papel, húmedo aun, prensado bajo los cilindros de madera, sale y se entrega á la expansión universal de la imprenta, brillante como un rayo de luz. ¡El libro! hé ahí la columna de fuego de las generaciones futuras. El libro, sin embargo, es todavía caro; no está al alcance de todas las fortunas; es preciso que se haga mas pequeño, mas humilde, mas comunicativo, mas pródigo. Léjos de economizarse, se propagará bajo una forma accesible, y nos conducirá al periódico, al boletín de sanidad, al curso del espíritu humano; el pensamiento, que solo llamaba á las puertas del rico, del erudito, del curioso, se insinuará hasta en las cabañas y en los talleres. Andando el tiempo subirá mas alto que los tejados. En efecto, multiplicada por lo módico del precio, la electricidad se acelera, y un hilo metálico une en cuatro minutos á París y Londres, tomando por intérprete la rapidez.

Después de largas y penosas tentativas, comenzamos á comprender nuestra soberanía terrestre, y en medio de nuestra imperfecta suficiencia actual, nos reimos de los ponderados esfuerzos de los antiguos. En el espacio de tiempo que Alejandro tardaba para llegar hasta el Ganges, daríamos ahora la vuelta al globo; y un barril de vino de Burdeos iría diez veces á mejorarse en las Indias. Lúculo, tan amigo de mariscos, podría comer á las cinco de la tarde ostras cogidas por la mañana en Ostende; Caton comería frescos los higos de Esmirna; si Vatel viviese todavía, no se mataría esperando la marea, sino que se bañaría en casa de Chevet, que no hace esperar á nadie. El camino de hierro es una caña, con la cual París, que carece de pescado, pesca en el Océano.

La frecuencia de relaciones, debida á los medios de locomoción, á los vehículos de telegrafía y de electricidad, al arte de los aerostatas, uniendo los pueblos con los lazos de la asimilación, derribará las fronteras y las aduanas, y las amalgamará por la solidaridad. El lenguaje del comercio es un idioma que se habla en todas partes. Ese papel en cuatro dobleces que circula de Londres á Canton; esa letra girada por un comerciante de Rotterdam contra una casa de New-York; ese escudo convertido en billete que parte del Havre para tomar cargamento en Batavia, ¿no están contribuyendo á los destinos futuros del mundo y al bienestar de las naciones, mas que las notas diplomáticas solemnemente transmitidas de uno á otro gabinete? No son solamente los gobiernos, son tambien los pueblos los que se comunican entre sí. La conformidad de necesidades aproxima las distancias, borra los límites, agrupa las multitudes: la tierra no es grande mas que en la proporción del peon al caballero, de este al carruaje, del carruaje á la locomotora.

La compasión hacia los seres débiles se introduce en nuestras dulcificadas costumbres, y la benevolencia se aclimata y se extiende. El trabajo se confía á las máquinas que muelen, trituran, tejen, cardan, ciernen, fuercen, arrastran, levantan y transportan; para ellas no hay sudores ni desfallecimiento, sino un juego seguro, una precisión automática. Antes de llegar á la belleza absoluta es menester pasar por transformaciones múltiples, por ensayos y pruebas: por esta razón tenemos el esqueleto de la máquina; la epidérmis vendrá después. Antes de salir del taller, el Júpiter de Fidias era quizá una mesa ó una artesa. Entrad en vosotros mismos, poetas miopes, que no veis la idea bajo la forma inculca ó repugnante. Esa máquina tosca os traerá un porvenir mejor y un *far niente più dolce*. ¿Quién sabe? Algunos días mas, y la locomotora será acaso tan hermosa como el carro de Agamenon, rey de reyes: la maravillosa Iliada de la industria busca entre vosotros un Homero.

Al aspecto de una máquina no podemos dominar

cierta emoción involuntaria, pueril tal vez, pero tierna. A semejanza del hombre, sus vastos pulmones de bronce se comprimen y se ensanchan: consume el aire vital del carbon; el oscilante vaiven de la vida la eleva y anima; los pistones puestos en ejercicio hacen las veces de brazos; en lugar de músculos tiene articulaciones de acero, y su respiración estrepitosa puesta en movimiento se escapa en cálido vapor por el orificio de sus válvulas.

En nuestra perpetua ascension hacia el bienestar hemos ido arrancando á la naturaleza sus secretos, y nos hemos apoderado de las fuerzas vivas para apropiárnoslas, de modo que es considerable el tributo impuesto á la creación por el hombre rey. Los elementos sometidos entran en nuestros usos domésticos; para combatir el hambre y la sed, la tierra nos ha entregado sus granos, sus frutos, el jugo de las plantas, la sangre de los animales, el aceite y el vino; para combatir la humedad y el frio nos da el lino, la lana, la seda, las gomas de cautchuc, las materias textiles, las ramas del árbol, la hulla, la turba, la madera, el cock y el vidrio; y ¿cómo podríamos enumerar la infinidad de servicios que nos prestan el agua y el aire?

Los elementos así sometidos, disciplinados, regulados, se hacen los servidores gratuitos de nuestras necesidades y de nuestros caprichos. Hemos realizado lo imposible, dejando muy atrás la poética quimera de los Eidores, los sueños llamados insensatos de Cyrano de Bergerac. Si él elevaba en el Hipódromo la navicilla de Godard, Icaro no ha podido menos de caer lastimosamente en el mar Egeo con las insolentes aclamaciones de la multitud: la pretendida locura de los hombres que vuelan es una cosa fundada y verdadera; lo impracticable se practica. Nosotros hacemos algo mas que imitar al ave; excedemos su vuelo en altura y en fuerza de resistencia; nos elevamos hasta el aire irrespirable, mas arriba del Himalaya y de las cordilleras, para saludar á los astros y conversar familiarmente con las nubes como los dioses del Olimpo. El globo, en su curso aéreo, desprecia las alas del caduceo de Mercurio. El aire, adormecido y dócil, se deja libremente cabalgar.

¿No es cierto que la aerostacion, aun en su imperfección actual, tiene una poesía particular? Cuando el globo se lanza al aire y se eleva en el azul del firmamento, ¿no se asemeja á una ave inmensa cerniéndose sobre la atmósfera y reflejando sus colores? Lo que ha sido entretenimiento de los tontos y objeto del estudio de los sabios, cuando se hayan hallado las leyes precisas de la dirección, se convertirá en vehículo habitual de nuestras relaciones, en una locomoción realizable, fácil, *sub Jove crudo*. El aire, elemento fluidísimo, os evita todo trabajo preparatorio; una botella de gas concentrado basta para remontarnos en el espacio. Allí no hay necesidad de perforar montañas, de practicar minas ni hacer barrenos para romper las rocas, ni caminos que cruzar, ni desigualdades que nivelar, ni curvas que trazar y que seguir, ni rios que atravesar, ni viaductos que suspender en el aire.

La aerostacion no es mas que la antigua baladronada de Faeton precipitando á todo vuelo el carro del sol, ó la amorosa equitacion de Roger sobre los lomos del hipócrifo. El globo es el escalón de la navegacion aérea, el rudimento simbólico de un navío atmosférico.

Los pintores pueden descansar, y en lugar de emprender dilatados viajes, preparar el lienzo y la paleta. La vista tiembla, vacila, y la mano se extravía. Pero el sol está exento de temblor, de trepidaciones, de intermitencia en su trabajo; reemplaza á la voluntad mas tenaz, á la observación mas rígida, á la habilidad mas segura; devorando el oído las placas daguerrianas, reproduce los monumentos en su conjunto y en sus mas fugitivos detalles, con una precisión aritmética, resaltando una realidad exacta, infalible. En vez de leer las cansadas descripciones de Mungo-Park, de Marco Polo ó de Levaillant, podemos seguir con una mirada, en un museo ocular rápidamente recorrido, los palacios, los templos, los sarcófagos, el aspecto de lejanas regiones, la fisonomía de las fiestas, el carácter de los países. De este modo hemos vistos ya retratado en hojas el Egipto de los Faraones, y reproducida en cartones la India con sus hipogeos.

Con todo, la fotografía no es capaz aun de copiar fielmente la fisonomía humana: la expresión de una mirada no se fija al vuelo. Ese procedimiento mecánico no sabe traducir los súbitos arreboles de la piel, las esflorescencias de la epidérmis, el húmedo destello de la mirada. Janet, Holbein, Porbus, Rembrandt, Vandik, Velasquez, no serán destituidos de su glorioso título de artistas, porque solo ellos transmiten á sus lienzos el effluvio de la vida, como Pigmalion hace respirar la estatua arrojando en el frio seno del mármol su aliento de fuego. Esparcida la fotografía, será con respecto al grabado lo que el periódico es al libro; y por el precio de las imágenes de Epinal, de litografías ridículas ó groseras, de láminas obscenas, mostrará á las generaciones venideras las madonas de Rafael, porque apliando la galvanoplastia al daguerreotipo, se obtendrán muestras excelentes, y se multiplicará incesantemente el buril, guardando en los cuadros las relaciones de colores y el vapor de sus matices.

Indudablemente Salmoneo no era mas que un químico impotente y lisonjero de Júpiter; cuando entraba en su palacio, hacia pasar su carro sobre hóvedas de bronce para imitar el fragor del trueno. ¿Era esto el principio de un descubrimiento, ó el solaz de un tirano? No lo sabemos. Habíamos dado alas á la materia, teníamos los barcos, y les habíamos añadido el aliento del vapor; teníamos los caminos de hierro, piernas de

acero, pulmones de bronce, alas de seda, y no obstante hemos querido agregar á todas esas cosas la palabra y el gesto; el gesto por la telegrafía cuyos brazos se agitan en el espacio; la palabra, por la electricidad, cuyo alambre enlazará entrambos continentes, soldando los tiempos y las distancias. No dudamos que se pueda establecer un tubo bastante resistente y continuo que ponga la América en comunicación directa y constante con el resto de la tierra. Entónces, en pocos segundos irá la palabra del mundo antiguo á las costas del nuevo; en cinco horas sabremos el curso de la Bolsa de Baltimore; los *ioways* y los *ob-ji-be-was*, con auxilio de la aguja imantada, nos escribirán los precios corrientes en el mercado de las Montañas-Rocosas.

La arquitectura, el arte simbólico y de adorno, se modelará segun las nuevas necesidades y se plegará á las exigencias futuras. Otra sociedad requerirá otros monumentos. La religion musulmana redondea la cúpula de sus mezquitas; el campanario cristiano se eleva en los aires al encuentro de Dios con el fervor de la fé. La India, el Egipto, el Perú, tienen sus arquitecturas cosmogónicas, toscas y macizas; el genio romano da al templo un aspecto militar y sacerdotal; el genio griego sonríe con su elegancia y su marmórea blancura en los frisos del Partenon; la edad media se corona de almenas y torres feudales. Si la arquitectura moderna no tiene un carácter especial, fisonomía original y estable, la culpa está en los arquitectos, demasiado entretenidos con el estudio de lo pasado. Los teatros tomarán sin duda proporciones considerables, para que las masas puedan asistir á los espectáculos; todo en fin indicará su objeto, su utilidad, su fin.

Los mismos progresos se verificarán en los demás ramos de la actividad humana.

El velo del misterio que oculta el porvenir, va rasgándose paulatinamente bajo la mano del obrero que trabaja, del artista que piensa, del sabio que combina, escudriña y calcula. Edipos investigadores y obstinados, descifran los enigmas esculpidos sobre los cerrados labios de la Esfinge.

Libre, manumitido, mejorado, tranquilo, rodeado de una creación mas elevada y mas tierna, el hombre ennoblecera sus instintos, depurará sus pasiones, engrandecerá su inteligencia. Un agente único, poderoso, continuo, rápido, infatigable y perpetuo, hará á su vez el servicio de la materia; los minerales, ahora relegados, se colocarán al fin en el paraíso mahomético de las máquinas. Imponderable, imponderable, el hombre no luchará contra Dios, y se acercará á él para absorberse en su eternidad. El arte, acrecentada por la cultura intelectual, borrará lo grosero, corregirá lo feo, enmendará lo déforme. No se asusten por tanto los poetas: esto no es la decadencia, es el renacimiento; no es la noche que nos envuelve en sus tinieblas, es el alba que asciende por el horizonte é ilumina ya las cumbres de una civilización mas perfecta.

### Epigramas.

Donde Tomás brilla mas  
Es en los versos, Calisto;  
Y lo peor que yo he visto  
Son los versos de Tomás.

Niña se juzga María  
Y treinta otoños aparba;  
Y hace bien por vida mia  
Supuesto que todavía  
No tiene pelo de barba.

Si á los mansos, dijo Rosa,  
Dios dá en el cielo reposo...  
¡Ay, qué gloria tan hermosa  
Tendrá mi difunto esposo!

Viendo un entierro el caribe  
De un centinela inesperto,  
Gritó á lo léjos: ¡Quién vive!  
Y contestaron: « Un muerto. »

Un escritor de esta edad  
Que es un pedazo de atun,  
« Yo escribo para el comun, »  
Y era la pura verdad.

Buey á don Roque llamé  
Por una equivocacion;  
Mas dije: « Perdona usted, »  
Al notar mi indiscrecion,  
Y él respondió: « No hay de qué. »

J. M. VILLER GAS.

### La vida de las minas en California.

Los mineros, sobre todo los mineros franceses, pertenecen á todas las clases de la sociedad; hay marineros, escribanos, artistas y artesanos de toda especie y condición.

Dividense en dos campos muy distintos; por una parte, los mineros que trabajan, y por la otra, los mineros que no trabajan, ó que trabajan tan poco, que viene á ser casi lo mismo.

Estos últimos se contentan con escarbar la tierra, y sentarse á esperar que el oro aparezca como nacido. Al cabo de algun tiempo, viendo defraudadas sus esperanzas, se van á otro sitio á repetir la operacion, hasta que se cansan de un oficio que les es tan molesto como improductivo.

Los mineros activos y expertos ganan al ménos su subsistencia, ¡pero cuántas decepciones sufren!

Los terrenos ricos conocidos han sido ya explotados, pero quedan muchos por descubrir.

El trabajador aislado y las compañías de cinco ó seis personas hacen muy poca cosa. Apénas si comienza la explotacion en grande, y si se hace uso



Minero cambiando de lugar.

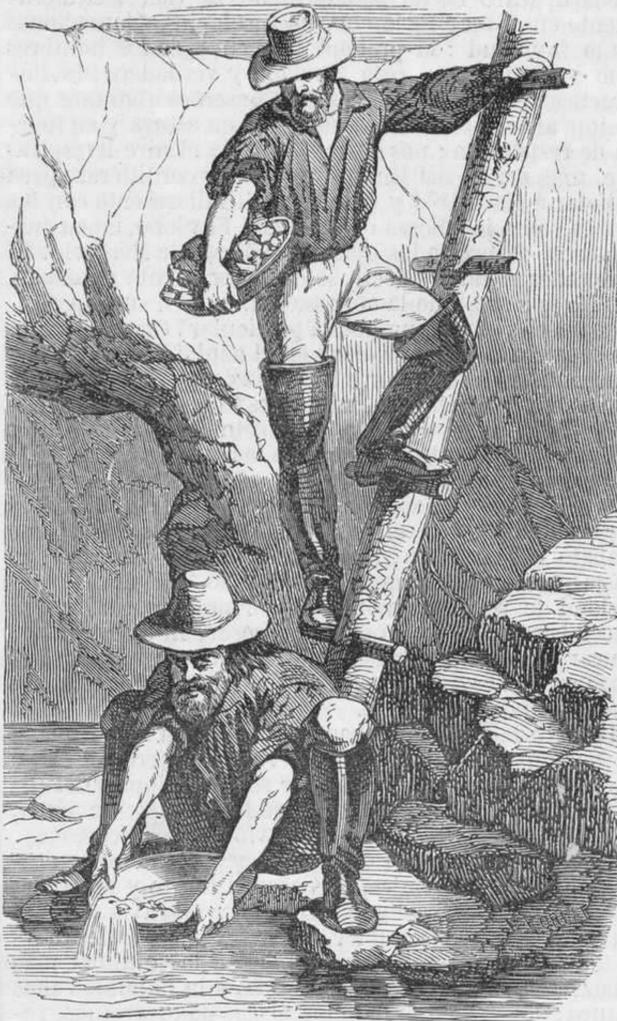
de las máquinas de vapor; pero muy pronto allí como en todas partes será cierto el proverbio: «El oro llama al oro,» ó este otro, « todos los rios van á la mar, » porque muy en breve los mineros no serán mas que obreros asalariados, y los capitales se llevarán el beneficio, caso que lo haya.

El taller de aserrar del capitán Sulter (que ya conocen nuestros lectores), donde se descubrió el oro, está situado en medio de un país bastante pintoresco. Para ir allí se toma el barco de vapor en San Francisco; se remonta la bahía y el hermoso rio el Sacramento hasta la ciudad que lleva su nombre, y desde este punto se va en carruaje.

En los caminos que con-



Minero prospectante.



Mineros escavando tierra aurífera.

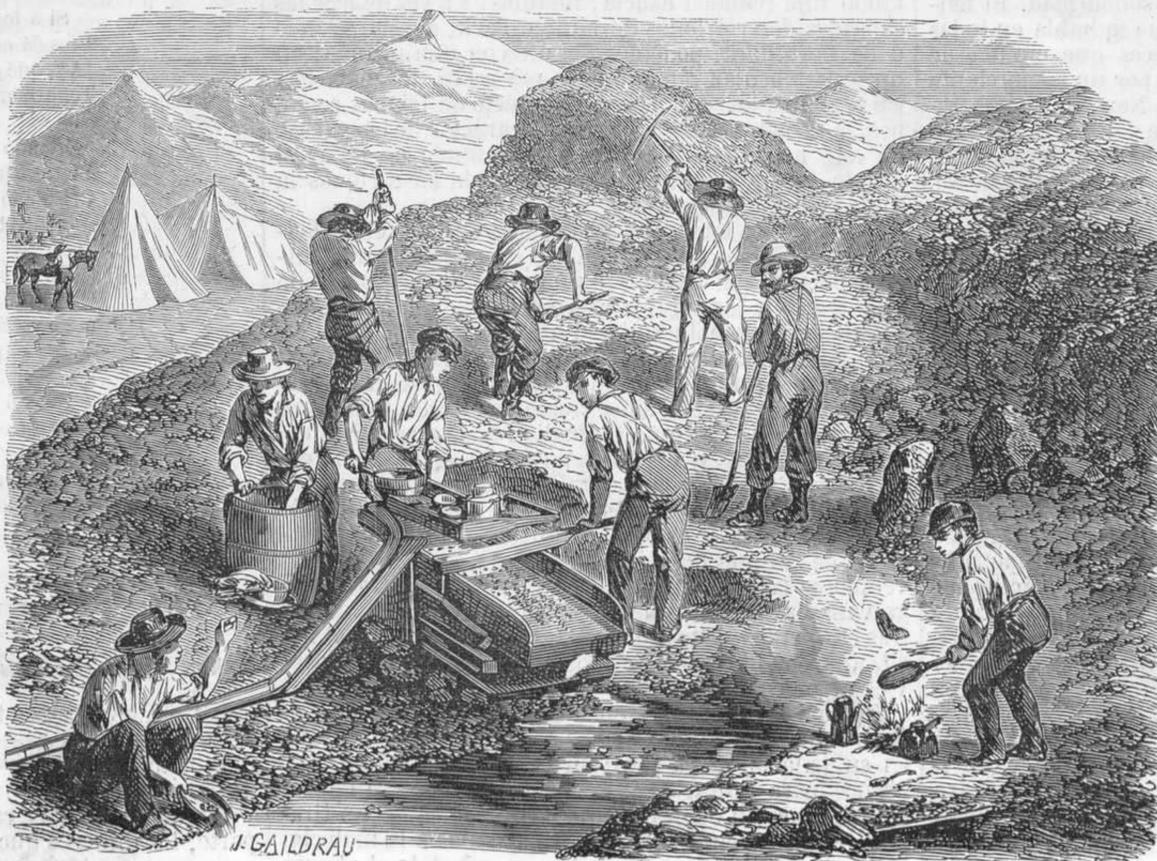


Chino yendo á las minas,

ducen hácia las montañas, se encuentran grupos de mineros con la escopeta al hombro, el revolver á la cintura, y los azadones, las palas, la batería de cocina y el indispensable lavador encima de la mula ó el caballo, que van á buscar un buen criadero, propiedad temporal del minero. (fig. 1.) El revolver, palabra anglo-americana, es una pistola de cinco ó seis tiros á pesar de que no tiene mas que un cañon. Nuestro periódico ha publicado anteriormente su grabado.

El chino, que se ve con frecuencia en estos caminos, va por lo regular á pié con dos lios colocados á la extremidad de un palo largo, que lleva al hombro. (fig. 4.)

Una vez en el sitio escogido, unos mineros van á explorar, mientras que otros arman la tienda. Los primeros, siempre con la pistola á la cintura, el azadon y la pala al hombro, y el lavador bajo el brazo,

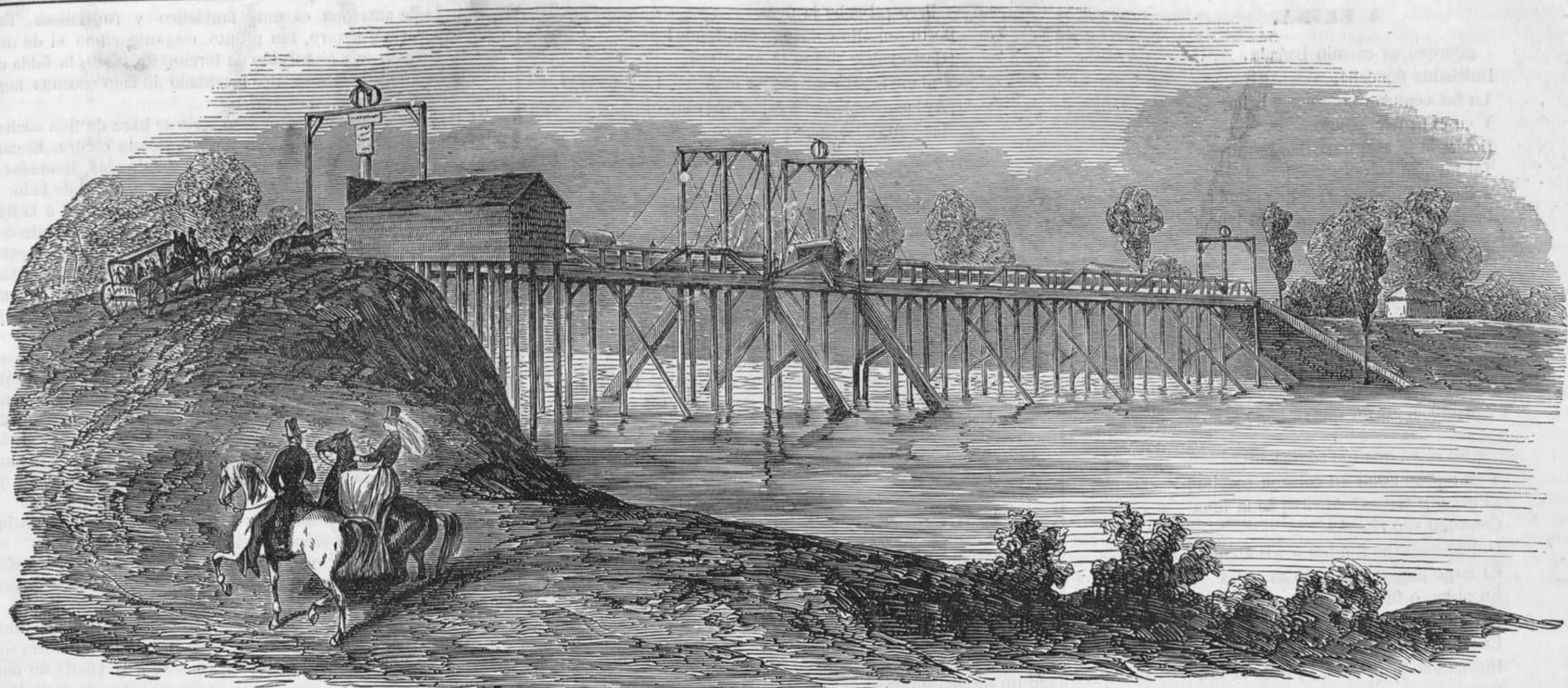


Lavado con los instrumentos cunas.

(fig. 2.) hacen un hoyo de tres, cuatro ó seis piés de profundidad, y despues de haber llenado el lavador, que es una especie de fuente de madera, y mas comunmente de hoja de lata, ensayan la tierra al borde de un arroyo (fig. 3). El lavado de esta tierra es muchas veces difícil, sobre todo, si es arcillosa, para no perder ninguna partícula de oro, pero los instrumentos llamados *cunas*, (fig. 5.) y á la *longtom*, (fig. 7.) permiten el lavado mas en grande, y lo es preciso hacerlo dos ó tres veces por dia.

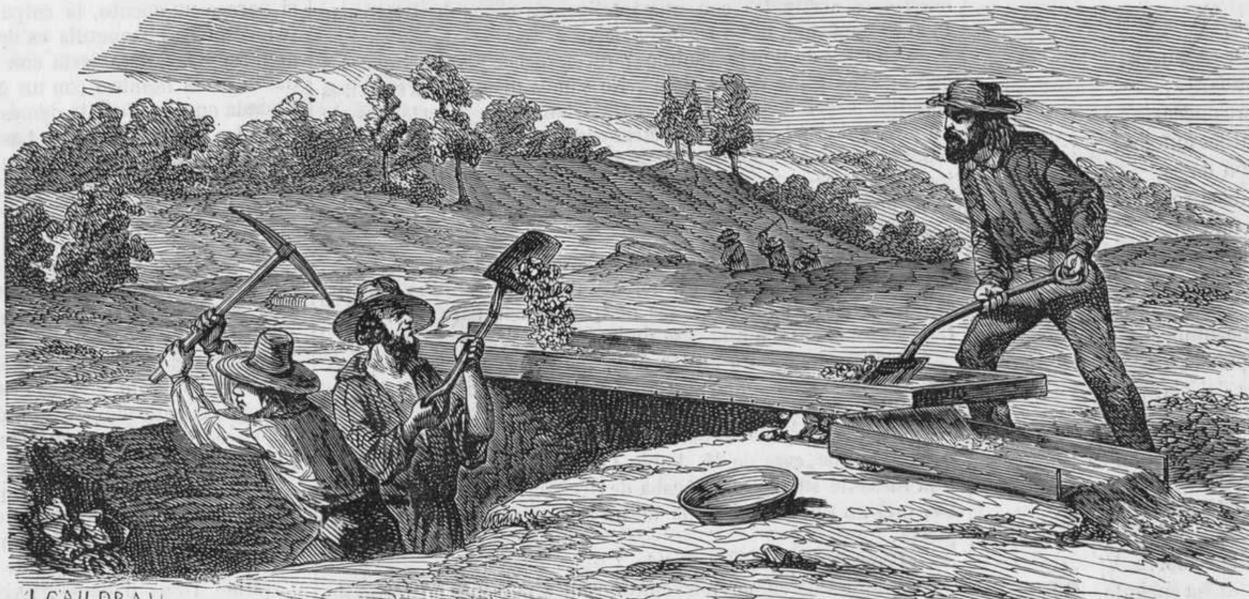
Este último instrumento ha sido inventado allí mismo por un americano llamado Tom, y como se suele hacer de diez ó doce piés de largo, se ha añadido á su nombre primitivo el adjetivo *largo*.

Actualmente los mineros penetran cada vez mas en los lugares inexplorados, con la esperanza de hallar mas oro, pero desgraciadamente, lo



Puente sobre el rio Americano.

que encuentran muchas veces es al indio, (fig. 8.) que ha conservado cierta crueldad en aquellos parajes. Los infelices están tan poco *civilizados*, que no quieren abandonar su país para que lo ocupen tranquilamente los recién-venidos. No es tan malo, cuando los mineros encuentran en sus excursiones, de vez en cuando, algunas indias. (fig. 10.) Las circunstancias y la ocasión, juntas con la sorpresa, les dan cierto encanto, aunque están muy lejos de poder competir con las señoritas de California, (fig. 3.) inferiores ellas mismas en belleza á las norte-americanas ó europeas.



J. GAILDRAU

Trabajo al Long-Tom.

pos de cuatro ó cinco personas. Allí es preciso dejar las costumbres regaladas; por eso el sobrio americano progresa mas que otros. Muchas veces no se vuelve á la ciudad ó al gran campamento en dos ó tres meses, y durante este tiempo, aplicados constantemente á este penoso trabajo, buscan en el vino y los licores fuertes algunos momentos de alegría, que sirven para embrutecerlos un poco mas: así, se necesita tener mucha resolución, y un carácter muy fuerte para salir de las minas, despues de un año de trabajo, tan inteligente como cuando se ha empezado.

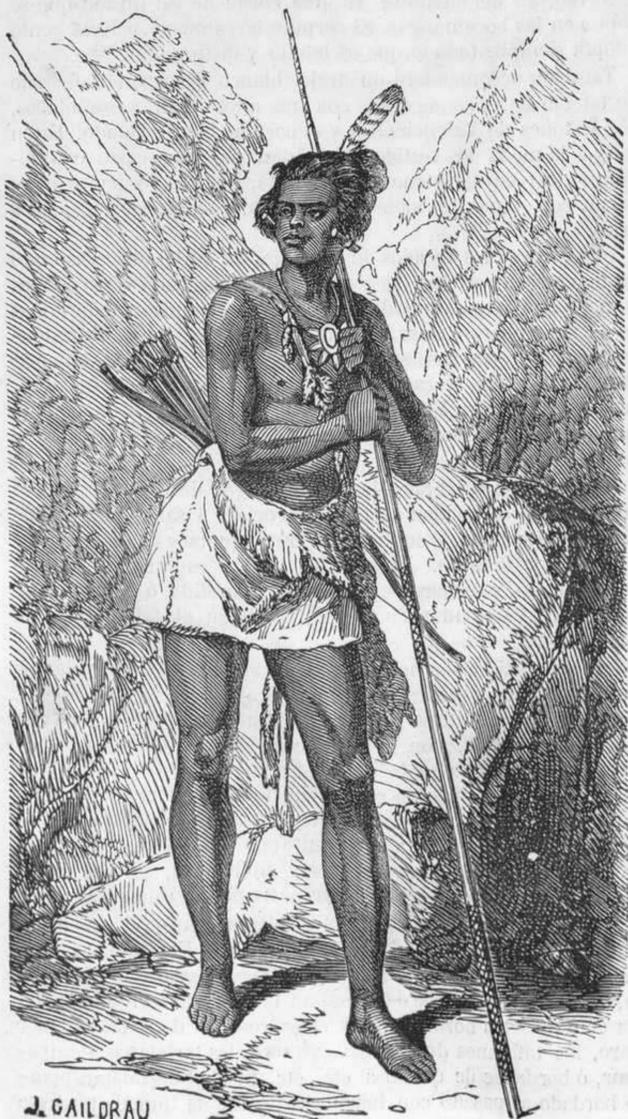
H. N.

En el rio Americano, afluente del Sacramento, existe un puente muy curioso, por el cual cruzan las diligencias y carruajes que llevan las provisiones á las minas. El grabado (fig. 6.) lo representa fielmente.

Hoy, salvo en los momentos de inundacion, los artículos de primera necesidad no cuestan mucho; una sociedad de cinco ó seis mineros puede mantenerse bien por un peso diario poco mas ó menos, por persona; ahora si se vive en la ciudad, en una fonda, se necesitan mas de dos pesos diarios.

Los trabajos de las minas no convienen mas que á gente robusta, habituada á labrar la tierra, y aun está abandonada tan ruda labor para dedicarse al cultivo de la hortaliza.

En general, los verdaderos mineros se reunen en gru-



J. GAILDRAU

Indio de la California del Norte.



J. GAILDRAU

Señorita californiana.



J. GAILDRAU

India con sus niños.

## A ELISA.

¿Porqué en carmin bañada,  
Dulcisima doncella,  
La faz ocultas candorosa y bella,  
Y en el tímido seno  
Doblas la frente, hurtando la mirada?  
Tal huye la paloma  
Y escóndese cobarde cuando asoma  
La parda nube donde mora el trueno.

¡Oh! ven, no temas: fría  
Mi frente está, y sin lambré  
Mis ojos, que al desmayo rinde el tedio;  
Y mas, Elisa mía,  
No aguardo en mí remedio  
Si no es que en tu mirada amor vislumbre,  
Y aspire el ámbar que tu labio cria.

¿No sé ya que me adoras  
Y en sed de amor tu corazón suspira?  
¿Pues qué tardas? Al rayo de la luna  
Conmigo ven risueña  
Donde no turbe sombra ó voz alguna  
El largo paso de las blandas horas  
En nube, ó fuente, ó desatada peña.  
Mírame entonces, mira  
La hoguera de mis ojos apagada,  
Incéndiala en tu amor, y arda la lira  
Con tu voz y mi voz entusiasmada.

Dejemos la arboleda  
Cargada en frutas y flores,  
En cuyos troncos el jazmín se enreda,  
Cuyo ramaje pueblan ruiseñores;  
Allí la torpe muchedumbre ondea,  
La mente hartando en fútiles antojos;  
Mas comprimido el corazón desea,  
Y brota en vano, de los labios rojos  
Que el azahar copioso perfumea,  
Amor, y amor de los sedientos ojos.

Dejemos la ignorada  
Húmeda gruta como noche umbría  
Donde nunca tocaron de pasada  
Ave, aroma de flor, ni luz del día,  
Donde trémulo acude,  
Porque la negra soledad le escude,  
El miserable adúltero que corre  
La senda del placer con torpe planta,  
Aquel que en pena tanta  
Pide á la sombra que su dicha borre  
Y odia el recuerdo que la dicha encanta.

Libres somos tú y yo, como la hoja  
Que salta leve del robusto tronco,  
Y, ya camina por el aire ronco  
De las nubes en pos, y ya se arroja,  
Detrás de la corriente  
Que lenta arranca del peñón la fuente.  
¡Libres somos los dos! Y ni engañado  
Esposo en justo ceño,  
Ni padre amante, ni galán burlado,  
Turbarán el instante que halagüeño  
Des, Elisa, á mi pecho enamorado.

Dulce, eterna ventura  
Hallaremos tranquilos,  
Debajo de los tilos  
Que nos están sus copas ofreciendo,  
Y en lecho de balsámica verdura,  
Solos los dos, mas de ninguno huyendo;  
Y en suspiros rompiendo  
Irá mi voz tras de tu voz querida,  
Y acordé oírmos su feliz conjunto,  
Mirándose en un punto  
Mi alma con tu alma confundida,  
Y mezclando en ardiente desvarío  
Con tu cándido amor el amor mio.

¿Y aun te ocultas? ¿Aun velas el semblante,  
Y al pecho palpitante  
Juntas la blanda frente, y en rocío  
De amargo llanto impío  
Conviértense, mi Elisa,  
Las dulces olas de tu dulce risa?  
¿Qué tienes? ¿Ah! ¿te enoja el que te ame  
Tanto, ó quizá el acento dolorido  
Que tu desden me arranca,  
O que á frondosa soledad te llame,  
Y aquella, á cuyo rayo te convidó,  
Cándida luna silenciosa y blanca?  
Dime, mi bien, qué tienes,  
Mira que solo en tí venturas creo,  
Y si á la voz de mi cantar no vienes  
Con lento afán me matará el deseo.

Pero ¡al cabo la pena  
De tu sencillo corazón comprendo!  
¿Casto rubor tirano te encadena,  
Y al explicarte mi pasión te ofendo!  
¿Ay! como quieras á callar me obligo,  
Mas ven, Elisa, por piedad conmigo.

A. C. DEL C.

## Revista de la moda.

SEMARTE. — Las mesas predicen el pasado, el presente y el porvenir. — Las almas errantes se meten en las mesas de caoba. — La mesa de M. Pablo Lacroix. — Conversación de un gran crítico, con la mesa del célebre bibliófilo. — Emigración del mundo elegante. — Del traje de amazona bajo todos sus aspectos. — De la tristeza de los bailes campestres. — Del negligé de mañana, y del peinador flotante. — De los trajes para carruaje. — Descripción del figurín.

Figuraos, queridas lectoras, que apenas me atrevo á poner mis dos manos sobre la mesa depositaria de todos mis pensamientos, porque temo que la mesa me quite de repente la pluma de los dedos, y se ponga á escribir en mi lugar. Las mesas ya no bailan; ahora hablan, escriben, predicen el pasado, el presente y el porvenir. Cuando se les pregunta, responden, y cuando no se habla con ellas, toman la pluma sin permiso de nadie. Además, hacen discursos pomposos y humanitarios; como un diputado ultramontano, ven sin telescopio todo lo que pasa en el mundo del sol y de las estrellas; saben astronomía mejor que Arago, el emperador de los astrónomos, y tratan de cuestiones abstractas con una inteligencia capaz de trastornar todo lo conocido, hasta las creencias.

— ¿Sabeis de dónde venimos? dicen á las personas que las evocan. Del reino de las almas. No somos mesas, sino espíritus errantes caprichosos. En vano trataríamos de libertarnos de vuestra voluntad, somos vuestras esclavas, y os seguimos por todas partes para reproducirnos y encarnarnos en vuestros hijos y en vuestros nietos.

Ya estoy segura que al leer esto, mis queridas lectoras, exclamaréis:

— ¿Nuestra articulista de modas perdió la cabeza!

Pero no es verdad esto, señoras y señoritas; lo que sí digo, es que se necesita cierta fuerza de inteligencia para no ir á parar con estas cosas á una casa de locos.

Anteayer una señora amiga mía, que escribe con mucha gracia, llegó á verme pálida de emoción, y yo la dije, tomándole la mano con interés:

— ¿Qué traéis, que venís tan agitada?

— Salgo de casa de M. Pablo Lacroix (el bibliófilo Jacob), y la mesa de su comedor acaba de decir cosas tan sorprendentes, que no sé si soy víctima de un sueño, ó si estoy bien despierta.

— Contadme pues lo sucedido.

— Después de comer nos reunimos diez personas en torno de la mesa formando una cadena eléctrica del modo convenido. Al cabo de un cuarto de hora, la mesa principió á moverse, y rogué con una pata en el suelo con impaciencia, lo que quería decir que la interrogaran.

— ¿Quién eres? le preguntó uno de nuestros mas célebres críticos.

— Soy el espíritu de uno de los mas grandes sabios de la antigüedad. Fui quemado como brujo, porque nadie hizo caso de mi ciencia; llegué de América; tengo dos hijos que serán mi gloria y mi venganza; uno marchará por los aires, y el otro evocará y hará hablar á los muertos.

— ¿Me conoces? añadió el crítico poniéndose muy serio y atento.

— Muy bien; tú has sufrido ya siete encarnaciones; fuiste guillotinado en 93, y dentro de treinta años te reproducirás bajo la forma de un gánapiro.

Todo el mundo soltó una carcajada.

— ¿Y cómo así? preguntó el crítico.

— Porque has hablado mal del talento de los otros.

— ¿Eres enviado por una voluntad superior para juzgar y castigar á los demás?

— Puede ser.

— ¿Y creéis en todo eso? dije á mi amiga.

— Tanto lo creo, que tengo calen tura.

— Pero eso es ofender á Dios, repuse yo. Hay misterios que no debemos penetrar ni profundizar.

— Entonces dudais de lo que he visto, de lo que he oído.

— Ya lo creo; os tomo por una mujer que ve visiones.

Sea como quiera, amables y desconocidas lectoras, la electricidad está mas de moda hoy que una esclavina ó un sombrero.

Cuando se entra en un salón, nadie se mueve para recibirnos, pues la corriente magnética se desvanecería como una pólvora. Ya no se juega á las cartas ni al ajedrez, sino que se hace dar vueltas á los sombreros, y se entra en conversación con las mesas.

La buena ciudad de París está trastornada; los astros y los planetas se mezclan en el asunto, y la primavera retrocede, lejos de venir el verano; en otros términos, llueve como en otoño, de modo que el campo está hecho un lago.

Por eso dice la gente con tristeza:

— Está visto que no habrá este año primavera ni verano.

Sin embargo, el mundo elegante emigra á los baños ó al campo, porque la moda así lo exige. La parisiense no puede menos de convertirse en esta época del año en aldeana.

Así pues, hablaremos de los trajes de campo principiando por el de amazona y acabando por el de baile, y desde el peinador de mañana hasta el vestido para pasear en coche.

El traje de amazona es muy fantástico y caprichoso. Tan pronto es serio y severo, tan pronto elegante como el de una Diana Vernon, con el corpiño de terciopelo negro, la falda de tafetan azul celeste, y un fieltro levantado de lado con una hermosa pluma que cae en espiral.

El traje de amazona de género serio se hace de fina cachemira ó de popelina negra, azul, verde ó violeta oscura. El corpiño es subido con faldetas muy altas y redondas, llamadas á la Emperatriz. Las mangas son con vueltas abiertas de lado, y se llevan otras mangas interiores blancas levantadas á la Basompierre. El cuello es muy alto y describe por delante dos puntas agudas, unido con dos cintitas de pasamanería. Los pantalones son de piqué inglés con trabillitas; se lleva una botita muy flexible. La falda lleva gruesos pliegues aplastados y huecos; el sombrero es de seda, y va adornado con un galoncito de mouaré y con un velo de gasa.

En cuanto al traje de amazona caprichosa y fantástica, se compone de una chaquetilla de terciopelo, de cachemira ó de Orleans de color, con faldetas de distinto color. Lo que es muy distinguido y sienta muy bien es una chaquetilla y una falda de násim de las Indias, bordadas y adornadas ambas de *soutache* blanca. Un sombrero de paja de Italia con pluma blanca ó simplemente adornado con un lazo de cinta, completa este traje de amazona, que le va muy bien á una mujer bonita y jóven.

La amazona de popelina gris claro es también muy distinguida, y la llevan las señoras de buen gusto.

Un corpiño de terciopelo negro, una falda escocesa de tafetan y un fieltro blanco con pluma caída, no carecen tampoco de originalidad y de gracia.

He visto á una jóven princesa alemana de diez y siete años con un traje de montar que Alfredo de Dreux reproduciría sin duda, sobre todo si la jóven se le apareciera á la vuelta de una calle de árboles, sobre una yegua árabe de color de azabache, con una silla de terciopelo azul celeste, con adornos de oro.

El traje no es una invención fantástica de mi imaginación; si parece un cuento, la culpa la tiene el exquisito gusto de la princesa. La chaquetilla es de piqué inglés, ricamente bordada al plumetis, entreabierta con solapas á la mosquetera, prendidas en cada hombro con un grueso botón oval de turquesa engastada en oro. Todo lo demás de la chaquetilla hasta la cintura lleva los mismos botones. Las solapas son muy altas y van alzadas de lado con botones de turquesas; las mangas llevan también grandes vueltas abotonadas. La falda es de tafetan escocés rosado y blanco con cuadros donde alternativamente se ostentan ambos colores.

En la cabeza lleva una capellina, ó mas bien un sombrero á la Luis XV, adornado con blondas, con cintas de color de rosa n.º 4, y ramitos de rosas.

Del traje de montar, pasemos al prendido de baile.

La transición es algo brusca, pero así resaltarán mas los detalles del conjunto de esos dos trajes completamente distintos. El traje de baile de jardín ó de baile de verano, no es dorado, ni plateado, ni ostenta colores chillones. Cuanto mas vaporoso y sencillo, tanto mas lindo.

Imposible me sería describir las fantásticas telas, sembradas de ramos ó guirnalda de flores, que se usan para los tales trajes. Cada vestido de tarlatana podría tomar el nombre de una flor, y podría llamarse vestido botón de rosa, vestido margarita, ó vestido rosa; nada se ha visto nunca tan bonito. También los hay con rayas, separadas por estrellas, ú otros adornos.

Casi todos los vestidos de tarlatana se hacen fruncidos, con puños, hombros cuadrados, y cinturón flotante.

Al rededor del cuello se ve una *ruche* de tul ilusión que se repite en las bocamangas. El corpiño no es nuevo, pero la gente adopta siempre todo lo que es bonito y distinguido.

También recomendaré un traje blanco de organdi, forrado de tafetan de color de rosa, con tres altos volantes ondulados, con festones de Valenciennes, y el corpiño bien escotado. Están muy á la moda los vestidos de tafetan de color claro con volantes; los de tarlatana color de lila, blanco, rosa y azul, se hacen con cinco ó siete volantes adornados, con pequeños lazos.

En cuanto á los tocados de los trajes de baile, es preciso que las flores rivalicen con las que hay en los jardines. Nada es mas cómodo que dos ramos de rosas blancas anudados con cintas n.º 4; sin embargo, si se trata de un gran baile ó sarao, entonces recobra todos sus derechos la guirnalda. Las flores se ponen muy hácia atrás, y caen sobre el rodete, sobre el cuello y sobre los hombros. Esto hace muy bien, y deja al peluquero la facilidad de desplegar todo su talento, en la manera de poner las bandas delanteras.

Digamos dos palabras sobre los negligés de mañana para el campo, que se dividen en dos categorías, á saber: el negligé propiamente dicho, compuesto de una jaqueta y de una falda, y el peinador flotante. El traje de negligé es muy elegante ó muy sencillo, y se hace de jaconas, de muselina, ó de tarlatana. La chaquetilla es un poco ancha, y dibuja el talle; la falda lleva volantes.

Las chaquetillas de jaconas se adornan con ruches ó volantes simplemente hilvanados, ó con un encaje. Pero lo preferible es un negligé en tarlatana compuesto de una chaquetilla y de una falda con volantes, con rayas de color de lila, azules, color de rosa, ó blancas. Los contornos de los volantes y de la chaquetilla se guarnecen con una *ruche* fruncida por en medio, describiendo canelones: esta chaquetilla va cerrada al talle por medio de un lazo de tarlatana. Admirando todos estos trajes á la moda, y viéndolos tan frescos y lindísimos, se dice una: « ¿Porqué no se habian de llevar hasta por la calle? »

Peró es verdad que entonces nos faltaría el traje de ir en coche, traje que exige mucho estudio y ciencia. En carruaje están permitidas todas las fantasías y todas las actualidades de la moda, como las esclavinas de muselina bordada, los vestidos blancos con volantes bordados, los ricos vestidos de seda de color claro, los tafetanes de cuadros extraños, las tarlatanas Pompadour, ó bordadas de estrellas etc., etc. El chal de tafetan blanco bordado al pasado con hermosos flecos, da inmediatamente á un traje de tarlatana ó de tafetan blanco con volantes ador-

nados con rosas de Bengala, un sello esencialmente aristocrático.

No citaré mas que dos sombreros de ir en coche, porque el espacio me falta. El primero es de tul ilusión, formando rizados, separados por jaretas, por donde pasan cintas de color de rosa. Al borde del sombrero, todo al rededor, se ve una ruche de cintitas color de rosa muy bien rizadas. Sobre la copa hay una cinta de tafetan rosa con puntas flotantes. El segundo sombrero está formado con volantes de paja de Italia forrados de tafetan blanco. El borde del sombrero va ribeteado con terciopelo color de cereza, que se repite entre cada volante. En la copa se ve una rama de cerezo en flor, con frutas maduras.

Pasemos ahora á nuestro figurin, en el que se ven cuatro trajes, uno de visita y los otros de baile. El primero se compone de un vestido de tafetan color de perla con volantes formando bandas escocesas, de color oscuro y rosado. El corpiño es con faldetas; las mangas y el cuello son de muselina bordada. El sombrero es de paja de arroz, con rizados de tafetan blanco, y lazos de color de rosa, que salen por cada lado de la copa. Detrás del traje de vestir se ve una jóven con vestido de gasa boton de oro, una corona Cérés de narcisos aterciopelados y hojas de crespon. Luego viene otra hermosa jóven en traje blanco hablando con una bonita rubia en traje de gasa azul plateado. El vestido blanco tiene un sello encantador de gracia ideal. La falda de tafetan blanco va cubierta con un alto volante formado de crespon y detul, separados con ruches de cintas. El corpiño es á la griega. El tocado se compone de flores de geranio y de espigas de plata.

El traje azul representa un vestido de gasa Chambery, con volantes enriquecidos de geroglíficos de plata. El corpiño es de estilo Pompadour. El tocado se compone de una diadema de diamantes y de un lazo de cintas, y por último, el chal es de estilo oriental, de gasa de plata, rayado de bandas de oro.

Vizcondeza DE RENNEVILLE.

## Un flaco,

Ó FLAQUEZA DE LOS HOMBRES Y DE LAS MUJERES.

Uno de los caracteres distintivos de la especie humana es la murmuración, y también la maledicencia. No entraré ahora á investigar cuál sea la causa de esta pasión dominante: el orgullo, el amor propio, la envidia, la poca caridad, el odio, el desprecio, los instintos de burla y de crítica, ó cualesquiera otras causas aisladas ó en combinación: el hecho es indudable, y á esto solo me atengo: mas ó ménos siempre ha sido así y continuará constantemente.

El empleado procura persuadir á los de otras oficinas que en la de él se trabaja mas que en ninguna otra, que es la mas importante y que debe abarcar mas negociados para el mejor servicio público.

El militar cree que su regimiento está mejor organizado que todos los demás, y que la música es la que toca también mejor que cualquiera otra. Si no puede afirmarlo tan rotundamente porque sucede á ojos vistas todo lo contrario, se esfuerza en sostener que antes fué como él dice, ó que dentro de poco tiempo llegará á ser. El escolar se persuade que durante su carrera hay estudiantes muy aplicados, muy valientes y de mucho talento, cual nunca han aparecido en la misma universidad: concluidos sus estudios y dedicado á otro género de vida, cree que en su época hubo jóvenes de grande mérito, hubo diversiones, hubo union y armonía; despues ya se concluyó todo. El que perteneció á una corporación pretende demostrar que solo bajo su presidencia, administración ó gestiones se hicieron obras de provecho y utilidad: posteriormente ya no se adelantó cosa alguna; se acabó el espíritu de cuerpo, no se presentaron mas proyectos ni mejoras. La criada de servicio entra en una casa: en los primeros dias ella y los amos están muy contentos: ¡qué limpia es la muchacha, qué viva y qué complaciente! dice el señor: ¡qué dispuesta y qué bien guisa! dice la señora. A poco, quizá antes de un mes, la criada murmura de los amos y estos reniegan de la criada. Ellos se hacen molestos, ridículos, impacientes; ella se convierte en pesada, puerca, torpe, corta de comprensión y larga de uñas sin dedicarse á tocar la guitarra. Sirvientes y servidos se van manifestando reciprocamente los defectos, como paño azul ordinario que luego blanquea. A esto se agrega á veces que la chica es de buena cara y de malas obras; el amo se interesa por ella y el ama se encoleriza, y se transforma una casa de familia en campo de Agramante. Por lo cual es incalculable la ventaja de mudar de criados cada quince dias. Doña Pantaleona tiene casa de huéspedes; en los primeros dias que recibe á alguno ¡qué atención, qué amabilidad! mucha limpieza, buena comida, esmero en todo. Poco á poco y por una gradación ascendente la dueña va descuidando la asistencia de los pupilos: un dia la sopa tiene mas humo que muchos necios que se envanece con la antigüedad de su alcurnia; los garbanzos están no ménos duros que el corazón de un avaro; la carne con mas pellejos que los de una vieja reseca, y el gigote con tanta variedad é ingredientes que parece una arca de Noé. Las sábanas de la cama van permaneciendo mas tiempo en ella, y á veces sucede que no se mudan con las almohadas, presentando así una diversidad de colores algo chocante. En fin, se representan todas las escenas de una casa de huéspedes, para cuyo tipo original y marcado pueden servir muchas de Madrid, y

para las provincias la del tío Pampin de Palencia. Sin embargo, desde Moratin hasta nosotros algo hemos adelantado.

La mujer enamorada ó que aparenta estarlo, procura desacreditar á sus rivales para con su amante, de un modo mas ó ménos ingenioso y atinado: en este punto el sexo bello demuestra un talento y una habilidad sorprendentes, sobre todo si la mujer que se halla en este caso carece de instruccion y de mundo, y si su educacion es vulgar ó descuidada. Entonces se reune la falta de confianza en su propio mérito y recursos, y apela á rebajar las buenas cualidades de todo género que posean sus competidoras.

Las beatas, que suelen ser mas falsas que mulas de alquiler, despues de estarse rezando en la iglesia, salen, y desde la puerta comienzan á murmurar muy bonitamente de todo el mundo, incluso el mismo cura y hasta el sacristan, creyendo que con rezar mucho todo está compuesto; así como ciertas mujeres independientes que presumen ser buenas y cristianas á pesar de su vida licenciosa, porque tiene en su habitacion la imagen de una vírgen ó de un santo, porque van á misa antes que cumplir con las citas amorosas, recordando esto la conducta de aquellos ladrones de la casa de Monipodio en Sevilla, de que habla Cervantes en una de sus novelas, y los cuales de lo que robaban iban echando una limosna en un cepillo en adoracion de Nuestra Señora, diciendo al mismo tiempo que « cada uno puede servir á Dios y ganar su vida honradamente. »

P. D. El que aprende á tocar algun instrumento y no adelanta nada porque es un zopenco, echa la culpa al maestro, de quien dice que no sabe enseñar. Igualmente acontece respecto del baile, del canto, de la escritura, etc., etc.

El que tiene dependientes ó subordinados se persuade ó pretende persuadir á los demás que aquellos no saben su obligacion y que le comprometen, y ellos dicen de su jefe que no sabe mandar.

Un literato dificilmente encuentra exentas de grandes defectos las composiciones de otros. Aquí tiene aplicacion aquel refrán: « ¿Quién es tu enemigo? el de tu oficio. » No solo sucede así entre las personas, sino también entre las corporaciones de todas clases, entre las familias, entre los pueblos y entre las naciones. Cada siglo se jacta de ser mas instruido y civilizado que cuantos le han precedido; de un modo ó de otro evitan conceder la preferencia. Los griegos llamaban bárbaros á los extranjeros; para ellos eran sinónimos estos términos, y tenían la arrogancia de creerse descendientes de los dioses, y dotados de un instinto, de un talento y de un gusto superiores á todas las naciones que habian figurado anteriormente en la historia. Los romanos no poseian ménos orgullo y altivez; su genio está pintado en este lema: *Tu regere imperio populos, romane memento.* Los invasores de la Europa meridional en el siglo V no se conceptuaban inferiores á ninguna otra nacion, á lo ménos en las armas y en la guerra: Atila decia de sí mismo « que era el azote de Dios en la tierra. » El siglo XIX se declara á sí mismo civilizado por antonomasia, y blasona de ser mas célebre que sus predecesores. El XVIII se proclamó ilustrado é innovador por excelencia y por sistema, despreciando las tradiciones y la historia. De suerte que cada siglo va diciendo mal de los que pasan, recordando así aquel suceso de un pleiteante que perdió el litigio, y de vuelta, al ser interrogado acerca del resultado de sus pretensiones, por un amigo suyo, contestó: « Yo el pleito lo perdí, pero he llenado de improperios á los señores de la sala. — ¿Cómo es posible? replicó el otro. — Sin duda ninguna, solo que les hablé desde lejos, á una legua de distancia. »

¡Cuánto se reirán de nosotros los siglos posteriores á pesar de nuestra decantada civilizacion! ¡Cuánta lástima tendrán de nuestra ignorancia en materias de gobierno, de nuestra esterilidad en la resolucion de los grandes problemas de la economía política y de la administración, de tanto nombre vacío de sentido, de tanta institucion contradictoria, absurda y ridícula, de tanta superficialidad, tanto engaño, tanta miseria!...

Los viejos murmuran de los niños y los niños de los viejos: aquellos exclaman: « En nuestra época la juventud era mas morigerada, las costumbres eran mas puras, el respeto á la virtud y á la ancianidad era mas elevado; las diversiones mas inocentes, los delitos muy raros, en fin, todo era inocencia y candor. » Despues todo ha ido variando y degenerándose paulatinamente. Los jóvenes defienden enteramente lo contrario. Unos y otros ven la sociedad por diferente prisma y en circunstancias diversas. El resultado es que segun Rousseau, « el viejo es un hombre niño; » y por consiguiente, entre ser niño de un modo ó de otro, siendo en el intermedio tonto, majadero, sandio ó cualquier otra cosa por el estilo, allá se va nuestra existencia.

Lo cierto es que en todos los períodos de la historia y en todos los países del mundo siempre ha sido mayor el número de los pícaros y de los necios, cuya segunda parte se prueba con un texto de la *Sagrada Escritura*, y respecto á la existencia de la primera, esto es, de tantos pícaros y tantos tunantes que disfrutaban además de una fortuna, es forzoso confesar que es uno de los argumentos mas fuertes de la verdad y eternidad de la vida ultramundana. En todos tiempos ha habido mas ó ménos ladrones, estafadores, robadores de doncellas, etc., etc. La Mitología, que tiene su filosofía y sus aplicaciones, nos demuestra lo mismo, por medio de sus mitos y símbolos. Los titanes quisieron subirse á las barbas al padre Júpiter, con la intencion de republicanos en rebelion, queriendo lanzar del trono al presidente del

Olimpo. Júpiter andaba hecho un D. Juan Tenorio corriendo tras de las diosas y de las ninfas, aquí te pillo, allá te atrapo; ora se convierte en lluvia de oro, ora se transforma en toro, ideando constantemente mil travessuras, como un estudiante tronera ó cadete que acaba de salir del colegio. Pues ¿qué dirémos de Caco, de Baco y de otros mocitos de la propia laya? El origen de las naciones y repúblicas mas célebres de la tierra, se explica por crímenes y atentados de todo género. Los primeros pobladores de la Grecia fueron unos aventureros; los de Roma, unos bandidos, la escoria de cada casa de otros Estados. Interminables fueran estos ejemplos y esta reseña, si tratase de insistir sobre esto; pero para nuestro asunto basta una muestra, á guisa de retazos de paño en el mostrador de un comerciante.

El que da á la prensa una obra supone que es la mejor de cuantas se han escrito sobre la materia, y suele estampar en el prólogo una frase como la que sigue ó otra equivalente: esta publicacion lleva notables ventajas á todas las anteriores que tratan del mismo asunto. Verdad es que en la de F. se encuentran datos muy curiosos, pero su estilo es desaliñado y bajo; que en la de M. tiene un lenguaje florido y seductor, mas carece de profundidad é interés; la de P. no omite ninguna de las importantes cuestiones que componen el fondo del asunto, si bien adolece del defecto de alguna oscuridad en los pensamientos y de digresiones inoportunas. El trabajo que ahora se ofrece al público reune todas las cualidades apetecibles, y su autor se ha propuesto hacer un conjunto de todo lo mejor que se ha impreso sobre el particular, etc., etc.

A proporcion que los pueblos son de ménos vecindario, la murmuración y la maledicencia van aumentando, porque existen mas motivos para que aquellas campeen en su elemento. En esas villas y lugares en que todos los habitantes se conocen desde sus cuartos abuelos; en que cada uno sabe perfectamente lo que comen los demás, si rábanos, si judías, si guisado ó cocido, á qué hora y de dónde les viene para manducar, en que cada vecino sin salir de su casa puede poner de manifiesto, cual en un vasto panorama, todas las escenas, circunstancias y situaciones de las restantes familias de la poblacion, á guisa de diablo cojuelo, pero sin andar por encima de los tejados: donde la botica es el núcleo de los chismes y hablillas, y se convierte por las noches en una velada de sastres en que todos á cual mejor esgrimen la tijera y cortan de lo lindo; donde los paseos, las visitas, las tertulias presentan una monotonía insufrible, interpolada con alguna que otra necesidad ó badajada; donde falta de grandes y variadas diversiones, de concurso de personas de diferentes clases y condiciones, de cierto grado de cultura, de civilidad y de ilustracion, se vive bajo un horizonte limitado y mezquino, ¿cómo no ha de ejercer la murmuración un poderoso influjo? Allí todo se desfigura y desnaturaliza: el hombre virtuoso pasa por un hipócrita; el estudioso y aplicado adquiere el predicamento de insocial y extravagante; á la mujer bien educada y amable la llaman coqueta, á la uraña y grosera, recatada; al que se enriquece por su conducta y ahorros, pícaro y ladrón; al que dilapida su hacienda, humano y generoso, y así con todo lo demás.

De esta pasión de decir mal del prójimo no se han visto exentos aun los hombres mas ilustres. Voltaire decia que en España solo habia un libro bueno, el Quijote, el cual se burla de los demás. Montesquieu dijo que las leyes de los visogodos eran absurdas, ridículas, hinchadas en el estilo y vacías en el fondo. Dumas viene á España y describe nuestras costumbres desnaturalizándolas y forjándolas también á su albedrío; achaque comun á todos sus compatriotas.

No siendo posible hallar remedio para este vicio, mejor será dejar al mundo como está.

A. E.

## Columna dedicada al Gran Ejército

EN LA PLAZA DE VENDOME, EN PARIS.

En el centro de esta plaza, una de las mas bellas y de las mas vastas de la capital, se elevaba en otro tiempo la estatua ecuestre de Luis XIV, que desapareció en la revolucion de 1789. Sobre los cimientos de este monumento, que tienen treinta pies de profundidad, el primer cónsul Bonaparte puso la primera piedra de la *Columna departamental del Sena*, sobre la cual debia de colocarse la estatua de Carlomagno. Ya hemos dicho antes el pensamiento que hizo dar otro destino á este edificio nacional.

Despues de la memorable campaña de 1805, tan gloriosamente terminada por la batalla de Austerlitz y la paz de Presburgo, el director de los museos y de la moneda de las medallas, Denon, que habia seguido al emperador á Schönbrunn propuso trasformar la columna departamental en un monumento conmemorativo de los triunfos de la campaña.

Napoleon aprobó esta idea y mandó ponerla en ejecucion. La actividad mas grande presidió á la obra, que se concluyó en ménos de cuatro años. Mucho era para un monumento destinado á inmortalizar una campaña de tres meses, tres meses que habian bastado para subyugar á toda la Alemania, para tomar á Viena, para poner á los pies de Napoleon las dos potencias mas altas de la Europa, Rusia y Austria; pero era muy poco si se

tiene en cuenta el numero de obreros y artistas que fué preciso reunir para hacer marchar á un tiempo todas las partes tan diversas de tan magnífico conjunto. A medida que se trabajaba en la piedra, dibujantes, escultores, fundidores y cinceladores, se apoderaban á dos manos del bronce de los cañones enemigos. Lo torcian, lo plegaban, lo ablandaban en todos sentidos como si fuera una cera, lo hilaban, lo tejian por decirlo así como una cinta que pasaba en seguida á revestir las obras de albañilería que la mano del arquitecto trabajaba. Paris es la única ciudad del mundo donde, como en otro tiempo en Roma, las artes pueden, si quieren, operar semejantes prodigios. Es el paraíso de los artistas y de los obreros, es la recompensa de sus estudios y de sus obras.

La columna ha recibido sucesivamente los nombres de *Columna de Austerlitz*, *Columna de la Victoria*, y por último *Columna del Gran Ejército*, que es el actual. Esta columna es de piedra y cubierta de bronce. Este bronce es el de mil doscientos cañones ganados á los ejércitos rusos y austríacos durante la memorable campaña de 1805. La masa de este bronce pesa novecientos mil kilogramos. Las fajas de bronce que suben en espiral tienen trece piés y ocho pulgadas de alto.

Las proporciones de este monumento son colosales. Su elevación total es de ciento treinta y ocho piés. El pedestal que tiene veintinueve piés de elevación presenta en sus fachadas cuatro trofeos militares modernos, de uniformes, banderas, efectos y utensilios de guerra colocados en un admirable desorden: encima se dibujan unas guirnaldas de hojas de roble, sobre las cuales hay en los cuatro ángulos cuatro águilas de bronce macizo que con sus garras las enlazan. De este pedestal se lanza la columna.

La fachada del pedestal donde está la puerta de entrada se debe al lápiz de Mazois, arquitecto, y al cincel de Gerard. Los bajos relieves de las otras tres fachadas fueron esculpidos en común por Renaud y Beauvallet conforme á los diseños de Zir. Las cuatro águilas son de Canler, los adornos de Gelée.

En la parte superior de esta masa cuadrada, en la fachada del mediodía, dos famas sostienen una inscripción latina que puede traducirse por estas palabras: « Con el bronce conquistado á sus órdenes durante los tres meses de la campaña de la Alemania en 1805, Na-

oleon, augusto emperador, elevó este monumento á la memoria del Gran Ejército. » Debajo de esta inscripción hay una puerta de dos hojas cubierta de águilas y de coronas: dentro de la columna se construyó una escalera de caracol compuesta de ciento sesenta y seis escalones por la cual se sube á la galería colocada en lo alto de la columna, en la que se eleva un pedestal que re-

BAJO LA DIRECCION DE M. DENON,  
DIRECTOR GENERAL,  
DE M. G. B. LEPERE Y DE M. GONDOUIN,  
ARQUITECTOS.

Toda la columna está rodeada de un bajo relieve que se desarrolla en espiral á la longitud de 840 piés, y presenta inscripciones casi día por día todos los hechos memorables de la campaña de Alemania de 1805. Mil ciento veinte presillas de bronce aseguradas en la piedra del monumento fijan estos bajos relieves de la manera mas sólida y sencilla.

Estos bajos relieves representan sesenta y seis cuadros ó asuntos referentes á las campañas militares, tales como los siguientes:

1. La armada naval entra en el puerto de Bolonia el 25 de agosto de 1805.

2. Los dias 31 de agosto 1º 2 y 3 de setiembre, los cuerpos 3º, 4º, 5º y 6º parten del campo de Bolonia y marchan sobre el Rhin.

3. El 2 de setiembre, el 2º cuerpo parte de Utrecht y se dirige al Mein.

4. El 2 de setiembre, el 7º cuerpo deja el campo de Brest y se dirige al Alto-Rhin.

5. El 17 de setiembre, el 1º cuerpo parte de Hanovre y se dirige al Mein.

6. El 23 de setiembre, el Emperador se presenta en el senado. S. M. declara que está principiada la guerra de la tercera coalición, y que va á partir para mandar el ejército.

7. El 25 de setiembre, el 2º cuerpo, que partió de Holanda, pasa el Rhin en Mayence.

8. El 25 de setiembre, el 5º cuerpo de caballería pasa el Rhin en Kehl.

9. El 26 de setiembre, el 3º cuerpo, que partió de Bruges, pasa el Rhin en Manhein.

Y otros, en fin, que omitimos en obsequio á la brevedad.

Esta columna luce doblemente, porque se halla en medio de una plaza que, como hemos dicho al principiar, es una de las mejores de Paris por la belleza y uniformidad de su arquitectura. La forma de la plaza Vendôme es un cuadrilátero de 150 metros de largo sobre 140 de ancho con ángulos cortados. Esta plaza fué construida en el año de 1688 por orden de Luis XIV, en el sitio mismo que ocupaba un convento de religiosas que acababa de demolerse entonces.

J. P.



El duque de Genova.

mata en bóveda con estotra inscripción :

MONUMENTO ELEVADO Á LA GLORIA  
DEL GRAN EJÉRCITO,  
COMENZADO EL 25 DE AGOSTO DE 1806, Y TERMINADO  
EL 10 DE AGOSTO DE 1810,

la plaza Vendôme es un cuadrilátero de 150 metros de largo sobre 140 de ancho con ángulos cortados. Esta plaza fué construida en el año de 1688 por orden de Luis XIV, en el sitio mismo que ocupaba un convento de religiosas que acababa de demolerse entonces.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres. Cada número se compone de 16 páginas de impresión sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.

Para la HABANA . . . . .	\$ 12 fuertes.	Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO . . . . .	\$ 15 » »
— el interior de la ISLA DE CUBA . . . . .	\$ 13 »	— el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA . . . . .	\$ 16 » »
— PUERTO RICO (SAN JUAN) . . . . .	\$ 12 30 macq.	— Un número suelto . . . . .	3 rs. fs.
— el interior de la ISLA DE PUERTO RICO . . . . .	\$ 18 30	— VERA CRUZ Y TAMPICO . . . . .	\$ 13 fuertes.
— las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESA Y COSTA FIRME . . . . .	\$ 12 fuertes.	— Un número suelto . . . . .	2 1/2 rs. fs.
— la PROVINCIA DE CUMANÁ . . . . .	\$ 12 75 »	— MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CÓRDOVA, JALAPA . . . . .	\$ 15 fuertes.
— Un número suelto . . . . .	2 1/2 rs. fs.	— todo el interior de la República . . . . .	\$ 18 fuertes.
— la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes) . . . . .	\$ 14 » »	— Un número suelto . . . . .	3 1/2 rs. fs.